

Dr. Ricardo Pérez Hernández

¿Qué hay
más allá
de este aquí?

(México D.F., México, 15 de Agosto de 1977)

«¿Qué hay más allá de este aquí?»

(“Los deleites del Más Allá”)

LA MARAVILLOSA BIENAVENTURANZA CRISTIANA:
LA VISIÓN BEATÍFICA,
LA DELICIOSA POSESIÓN DEL AMOR DIVINO,
EL GOZO CON LA ALABANZA,
LA SOBREVIVENCIA SIN FIN DE TODO,
LA ETERNIDAD DE TODAS LAS COSAS,
EL INEFABLE AMOR UNIVERSAL,
GOZOS INIMAGINABLES...

SIN NADA DE PANTEÍSMO, NIRVANA O CIELOS MAHOMETANOS

LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD A LA LUZ DE LA RELIGIÓN



Nota de presentación

Doy gracias a Dios por su maravillosa Providencia, que ha tenido a bien que llegara hasta mí este modesto pero precioso librito.

Su Autor fue el dr. Ricardo Pérez Hernández, fallecido en la Ciudad de México el 15 de Febrero de 1978 (seis meses después de publicarlo); era casado y sin hijos. Vivía en Calle de Canela, n. 62, Tlalpan, México 22, Distrito Federal. Saboreándolo, me he permitido añadir algunas notas al pie de la página.

Quisiera advertir al lector que no conviene detenerse en la apariencia de una pequeña novela de “ciencia ficción” como género literario en que encuadrarlo, aunque mejor podría definirse de “*cosmología-ficción*”.

En realidad nos ofrece, apoyandose sorprendentemente en la teoría de la Relatividad, una visión nueva del mundo, en si misma coherente, consoladora, optimista, bella, que si bien en un primer momento puede dejarnos más bien perplejos, ello es debido a que jamás ningún mortal ha tenido la posibilidad de contemplar la realidad desde otro punto de vista que no fuera el subjetivo de la atadura de la conciencia con el momento presente.

Se trata de una intuición *indemostrada e indemostrable* a la evidencia de los sentidos, de pocos genios de la humanidad, como por ejemplo Platón con el “mito de la caverna”. Por tanto, para nosotros, hombres mortales, nunca pasará de ser tan sólo una bella HIPÓTESIS.

El Autor es consciente de ello y la presenta con modestia al buen sentido del lector. Pero tiene a su favor una sana lógica interna y una correcta sintonía con la Verdad revelada, que la Iglesia custodia y profesa. Es natural que queden no pocos aspectos (dentro del tema del libro) que todavía haya que aclarar mejor a la luz de la Fe de la Iglesia, la cual sigue siendo siempre el supremo criterio de discernimiento. Pero hay armonía, y este librito ayuda a comprender mejor y con mucha mayor luz tantas verdades de la Fe, sobre todo las que se refieren a “los Novísimos”.

El lector debería saber percibir la verdadera tesis cosmológica del libro (el valor de cada acto de existencia de cada ser creado, en su correspondiente “espacio-tiempo”, y su conservación para siempre, real y definitiva), en apoyo de la Fe y de la maravillosa Esperanza cristiana, sin distaerse en detalles pintorescos o presuntamente científicos, que a veces pueden ser discutibles y que no pasan de ser como un “envoltorio”.

En realidad el Autor sería una joven que actualmente ya no vive nuestra vida mortal, sino la vida gloriosa del Cielo. Ella es quien, según el Autor, explica el tema del libro. Y aqui surge la acostumbrada primera dificultad: ¿pero es posible? ¿De verdad no se trata de una fantasía del Autor o de un artificio literario? Digamos que sin duda es posible; pero a fin de cuentas, que haya sido una verdadera “comunicación” con una persona del más allá o que no haya sido, a nosotros poco o nada nos interesa; que cada quien tenga en cuenta únicamente el contenido.

¡Ojalá Dios hiciera que todos los que lo lean pudieran sacar, como fruto, por lo menos una fe más viva y un deseo más ardiente del Cielo, un amor más sincero al Señor y “una convicción más profunda y operativa” de su Amor!

P. Pablo Martín

Todo sucedió en la ardiente tarde de un domingo de verano. Después de comer, satisfecho y acalorado, quise reposar y divertirme, viendo un programa de dibujos animados por televisión. Me preparé una taza de café sin cafeína, me arrellané en mi viejo sillón y encendí un cigarrillo. Si no me divertía, era seguro que me quedaría dormido.

En una mesita metálica de estorbo, varias veces rota y otras tantas vuelta a soldar, puse, a mi izquierda, la taza de café y la cajetilla de cigarros; a mi derecha, sobre el amplio brazo del sillón, coloqué el cenicero con el cigarrillo. Sin ánimo de criticar, sino con afán de divertirme, me dejé llevar dócilmente por el clásico argumento: El muñeco bueno sería exaltado por su valor o su virtud; y el malo, abatido o castigado sin piedad.

De repente se quedó fija la imagen en el televisor. Y no escuchaba ningún ruido, ni aun el de los vehículos que, con el escape abierto, circulan continuamente por el inmediato Viaducto Tlalpan Sur.

Pensé en una descompostura del aparato de televisión. Ya me disponía a levantarme, cuando noté algo sorprendente: la columna de humo de mi cigarrillo permanecía paralizada, como una blanca filigrana incapaz de terminar su lógico desarrollo. Soplé sobre la voluta y ni siquiera se movió. Empezó a preocuparme la sensación de que algún poder extraño, insospechado, se ejercía sobre mí.

Reinaba una quietud completa. Jamás había escuchado un silencio tan rotundo. Ni siquiera percibía, por más que aguzaba el oído, el trasteo de la cocinera que poco antes me molestaba.

Un frío intenso, al que siempre he sido muy sensible, había paralizado todas mis coyunturas. Pero no se trataba del frío invernal que conocía bien, sino de otro distinto y doloroso.

Creí ser víctima de una pesadilla, de la que me urgía despertar. Pensé que me había acomodado mal en el sillón y que, por eso, padecía semejante sueño.

Intenté de nuevo levantarme, pero mi cuerpo parecía de plomo. A duras penas pude mover mis manos adheridas a los brazos del sillón por una fuerza misteriosa.

“Debo estar enfermo –me dije– ¿Pero de qué, si hace un instante me sentía bien?”

Mi preocupación se transformó en asombro y luego en miedo. No podía entender lo que estaba sucediendo.

Comenzaba a desesperarme de temor y de frío, cuando oí, en medio de aquel gran silencio, una voz femenina, muy agradable, que me llamaba por mi nombre desde la reja del zaguán.

Con difícil esfuerzo, impulsado a un tiempo por el miedo y el deseo de compañía, me apresuré a atenderla. No sé cómo me levanté del sillón. Ni aprecié en esos momentos que los goznes de la puerta de la estancia, así como mis propios pasos, no producían su peculiar ruido natural.

Crucé trastabillando el pequeño patio que separa la estancia de la reja del zaguán. Los pies me pesaban como dos bloques de acero.

Me encontré frente a la reja con una bellísima muchacha de unos veinte años, alta, muy bien formada; de ojos café claro hermosísimos y expresivos, grandes y dulces, infantilmente limpios, los que irradiaban una inmensa felicidad. Sus labios eran pequeños y delgados, bien dibujados y muy rojos, pero sin pintura alguna. Sus mejillas, tersas y ligeramente sonrosadas, daban lugar a dos atractivos hoyuelos al reír.

Contemplé extasiado su belleza. Cuando bajó sus ojos ante mi insistente mirada, observé el limpiísimo cutis de su rostro. Su expresión me pareció serena en su alegría; pero con una singular serenidad que sobrepasaba la tierna juventud de su semblante. Vestía como lo acostumbran en la actualidad las muchachas de clase media. Creo que su vestido, fino y sencillo, era de color crema. No le vi ninguna alhaja; ni las necesitaba, porque su belleza resplandecía por sí sola.

El mirarla me tonificó. Se me olvidaron mis preocupaciones anteriores. Era la mujer más agraciada que he visto en mi vida. Poseía ese tipo de hermosura que siempre me ha cautivado. No podía dejar de admirarla. Sin embargo, mi costumbre de cumplir con las convenciones sociales no me permitió seguirla observando. Pero estaba seguro de descubrir en ella otros muchos encantos: fineza en su actitud, sutiles rasgos de mayor belleza, afinidad de ideales...; en fin, algo más de lo que absorbía en mis primeras miradas y que, al irlos descubriendo, harían revivir en mí, ese maravilloso sentimiento de amor que no experimentaba desde hacía muchos años.

De momento, decidí poner en juego todas mis pobres armas psicológicas, para investigar los matices de su atrayente personalidad, ¡Cuánto deploro no haberlo conseguido! Porque mi encantadora visitante estaba mucho más allá de mi alcance.

Ella me saludó como si me conociera bien: –*“Vengo a visitarte desde muy lejos. Soy de San Luis Potosí. Pero tú ya no me recuerdas”*.

En ese instante no comprendí la trascendencia de sus palabras. La ciudad de San Luis Potosí no está “muy lejos”.¹

Se me ocurrió que ella era la nieta de algún amigo mío. Pero ¿de quién, si hace más de treinta años que no voy a esa ciudad? Su hermosura, además de ser cautivante para mí, poseía un cierto parecido que se me hacía familiar. Me inspiraba una simpatía, una afinidad, más allá del conocido atractivo que el arquetipo de mi mujer ideal siempre ha ejercido sobre mí. Esta maravillosa mujer parecía traer a mi memoria algo..., algo especial que, por lo pronto, no atinaba a recordar.

–*“Nos conocimos en San Luis Potosí –añadió sonriendo–, en casa de las señoritas Campos”*.

Por más esfuerzos que hacía mi memoria, no acertaba. Las señoritas Campos eran para mí un recuerdo de más de cuarenta años atrás.

–*“Pasa, por favor”*, le dije. Y me apresuré a abrir la reja, preguntándome quién sería aquella visitante. Cuanto más la veía, tanto más me cautivaba. Sólo ese tremendo frío insoportable...

Al pasar delante de mí, pude contemplar su pelo suelto, largo, casi hasta la cintura; muy delgado, dócil y castaño con muchos hilos dorados, cuyo brillo acentuaba los destellos de sus ojos. Me pareció algo húmedo, con olor a limpio; pero no pude percibir ningún olor. Hasta después supe el por qué.

Cuando atravesó el patio, tropezó al pisar uno de los escalones. Me apresuré a ayudarla. Mis dedos apenas rozaron su antebrazo ligeramente apiñonado y con finísimos vellos dorados. El leve roce de su piel tuvo un efecto mágico sobre mí: me produjo una agradabilísima sensación de calor y vitalidad. Posteriormente, quedaría maravillado al conocer la causa.

Entramos en la pequeña estancia. Y mientras ella paseaba su vista sobre los escasos y anticuados adornos de la sala, aproveché para contemplarla mejor. Volví a sentir aquella vieja sensación, casi olvidada, de mi niñez: una especie de placentera opresión en no sé qué parte de mi pecho, la cual me anunciaba la presencia de la mujer amada, mediante una agradable dificultad para respirar.

Esto era para reírse. ¡Un pobre anciano enamorado! O como para entristecerse: ¡enamorarse al cuarto para las doce...! Sin embargo, yo me alegré.²

Ella se mostraba amable, cariñosa, comprensiva. Probablemente ya había notado, por la sutil perspicacia de la adolescencia, el profundo interés que me inspiraba. Y quizá por ese sentimiento de generosa compasión de muchacha bella, consciente del poder que le otorgaba su hermosura, me obsequiaba una limosna de afectuosa amabilidad. Tal vez debí rebelarme ante su dádiva compasiva. Pero no. Acepté con gusto el regalo de su mirada dulce y agradecí su cordialidad, como se siente gratitud por los sencillos placeres de la vida, como se disfruta de la vista de un hermoso paisaje, del trinar de los pájaros o de la caricia de una tibia mañana. Será que en la vejez aceptada, al irse consumiendo la vida, se va borrando el orgullo.

–*“Recuerdo –me dijo– que te agradó sobremanera una melodía que canté en casa de las señoritas Campos, hace ya muchos años”*.

¡Muchos años! Los jóvenes, pensé, cuentan los meses como si fuesen años. No podían ser tantos para una joven de veinte. Probablemente me está confundiendo con otra persona. Pero no importa. ¡Bendita equivocación que me permite disfrutar de su presencia!

–*“Verás –prosiguió–, canté esa canción hace... cuarenta y ocho años”*.

2

¡Qué pena! ¡Lástima de tan hermosa muchacha! Si yo pudiera ayudarla... Ojalá se trate de un trastorno mental pasajero. Mi amor por ella me exigía justificarla. Después de todo, ¿quién es completamente normal en este mundo? Se dice en psiquiatría que la frontera entre la normalidad y la

¹ - Está a poco más de 500 Km. al norte de la Ciudad de México.

² - El Autor dice que es anciano: en realidad tenía unos 56 ó 57 años.

locura no es una línea nítida, sino una zona bien amplia, la cual se delimita, en mucho margen, por el sentir de la sociedad. Sólo se encierra a un loco cuando se comporta de un modo antisocial.

Por lo pronto, decidí seguirle la corriente. Empezaba a contarle algo adecuado, pero me interrumpió.

–“*No, no estoy loca* –aseveró con una franca sonrisa que me permitió admirar sus dientes limpiísimos, simétricos, naturales–. *Me evocaste en tu juventud con el sobrenombre de Pajarera. Porque esa fue la melodía que canté, hace cuarenta y ocho años, en casa de las señoritas Campos*”.

La canción de La Pajarera... ¡Sí, claro que lo recuerdo! Una romántica melodía de antaño, ligada a mis memorias estudiantiles con fuertes cargas afectivas. Siempre que la oigo, algo íntimo se remueve en mí y me trae a la memoria agradables e ingenuas emociones.

En los “gallos”³ que llevaba con mis amigos, pagaba aparte, con tal de oír mi canción e impregnarme más hondamente con el hechizo de sus notas.

Recuerdo que, siendo niño, me encontré de pie cerca de un piano vertical en casa de las señoritas Campos. Una señora lo tocaba. Y una bellísima joven, como doce años mayor que yo, cantaba junto a mí la canción de La Pajarera.

Sólo que ahora, no sé cómo, los detalles borrosos de ese infantil recuerdo empezaban a clarificarse; resurgían, como cuando se le quita la pátina a un viejo bronce.

Actualmente contemplo en esa imagen, con toda claridad, a la hermosa muchacha que, al cantar, conmocionaba mi ser y hacía brotar en mi corazón el primer sentimiento de amor pasional de mi vida. Y la mujer de mi recuerdo era muy parecida a la que ahora me visitaba.

No cabía duda de que esa joven, a quién yo evocaba con el apodo de Pajarera, siempre la he buscado en todas las mujeres de mi existencia. Ella fue la primera pasión de mi niñez, la placentera evocación de mi juventud y el gran amor ideal de mi vida.

Claro está que mi memoria no había soportado el paso de los años, y los rasgos fisonómicos se habían empañado. Sin embargo en el fondo de mí mismo se ha de haber conservado indeleble la imagen de mi primer amor, como un arquetipo al que debía conformarse toda mujer a quién yo amara intensamente. Después, quedé estupefacto al saber la verdadera causa.

¡Clarificar un recuerdo! ¡Volver casi a vivirlo! Me pareció una experiencia fascinante. Por supuesto, no podía sospechar las maravillosas vivencias que me es-peraban en esa maravillosa entrevista. Sólo deploraba que esto me aconteciera al final de mi vida. ¡Que alegría revivir el más grato recuerdo de amor ingenuo de toda la existencia!

Pronto mi gozo se tornó en inquietud. ¿No estaría sólo imaginando? Después de todo, ¿quién es realmente esta bella mujer? Porque es indudable que se trata de dos personas diferentes, aunque muy parecidas. No pueden ser la misma, toda vez que las separan más de cuarenta y cinco años.

–“*Supongo* –le pregunté– *que tú eres nieta de aquella hermosa joven que conocí en casa de las señoritas Campos. ¿No es verdad?*”

–“*No. Yo soy la misma muchacha que canté en tu infancia*”.

“Eso no puede ser –dije para mis adentros–. Probablemente me encuentro enfermo y estoy sesteando un agradable ensueño. Siendo así, ¿no sería mejor dejarme llevar por él, en vez de destruirlo con mis insistentes cavilaciones? Es preferible fomentar esta fascinante ilusión. Ya despertaré y entonces tal vez olvide este prodigio”.

Sin embargo, ¿cómo se realizó la clarificación de mi recuerdo? Probablemente forma parte de la trama de este sueño, y en ese caso no hubo tal clarificación. O bien, en esta siesta, mi memoria retrógrada de anciano logró sacar a flote, en mi fantasía, a la antigua imagen original. Estaba en esas reflexiones, cuando ella me insistió: –“*Te aseguro que no estás soñando. Yo soy esa misma mujer de tu recuerdo*”.

Su tono de voz era convincente, y un no sé qué me impulsaba a creerla. En ese momento, yo no me explicaba cómo ella podía adivinar mi pensamiento. Hasta después lo supe.

–“*Ahora el loco soy yo* –le dije–, *porque no entiendo nada de nada*”.

³ - En México “los gallos” son las serenatas nocturnas que un grupo de amigos dedican a una joven bajo su ventana, con un complejo musical popular o “mariachi”, contratado pagándolo..

–“No te preocupes. Todo esto te lo voy a explicar, si me prometes que no vas a inquietarte más. Cálmate, por favor, Si no, tendré que ausentarme”.

–“No, eso no. Perdóname y explícate”.

Nunca pregunté el nombre de la joven de mis recuerdos infantiles. Me hubieran llovido burlas, recriminaciones y “sanos consejos”. Comprendí por intuición que debía guardar en secreto lo referente a mi primer amor. En aquel entonces, declarar abiertamente que un niño de ocho años se había enamorado, hubiera sido casi un sacrilegio.

–“Le has pedido al Altísimo desde hace mucho tiempo –me recordó–, que durante tu vida mortal, te diese a conocer cómo es la vida futura. ¿No es así?”

–“En efecto. Se lo he pedido desde hace más de veinte años. Pero entonces... ¿Quieres decir que yo... estoy muerto? ¡Significa que...!”

–“¡Cálmate, por favor! –me interrumpió–. No te has muerto todavía. Y yo he venido a platicarte un poco, de cómo es la vida eterna. Te hago esta entrevista con ánimo de lograr para ti una mayor humildad, un anhelo entrañable de la vida futura, un acicate para que ejercites la auténtica Caridad cristiana y un mejor conocimiento del Amor que te profesa nuestro Dios”.

¡Creí que estaba muerto y yo no lo sabía! ¡Qué serio debe ser el paso por la muerte, cuando la sola sospecha de haberlo dado, infunde tanto pavor!

–“No he venido a inquietarte –reiteró–, sino a traerte paz, con objeto de que el Señor, por mediación mía, te ayude a transformar algunas verdades que te ha enseñado la Fe, en convicciones profundas y operativas. Algunas de estas nociones las conoces superficialmente, las crees y las profesas con sinceridad, pero las has penetrado muy poco.

Es que te deslumbra el actual progreso científico, y a su lado, lo que enseña la religión te parece insustancial y anticuado. Sin embargo, **ciencia y Fe tienen el mismo origen divino. No hay, ni puede haber, contradicción entre ellas.** Por eso, he venido a aclararte cómo se coordina admirablemente la Palabra Divina con algunos postulados actuales de la sincera ciencia humana.

Para los mortales no existe misterio alguno del mundo físico, que no apunte hacia otro misterio más hondo y trascendente. Comprendo que si tú eres para ti mismo un gran enigma, es lógico que se te dificulte entender las nociones celestes que te voy a explicar. Porque vas a representar el papel de actor y el de espectador. Eres parte del mundo que hoy vas a explorar. Tendrás que cooperar con ahínco. Mas recuerda que el hombre actúa, no tanto por la evidencia de las verdades que conoce, sino por las convicciones que ama.

Por otra parte, la Divina Pedagogía es lenta. Va de acuerdo con la pequeñez humana. Y es progresiva, porque depende, en cierto modo, de la perfección cultural del hombre, alcanzada por su propio esfuerzo y con la ayuda del Altísimo”.

Algo se calmó mi temor; no tanto por las reflexiones que ella me hacía, sino por su belleza encantadora.

3

–“En el proceso de formación de tus **convicciones profundas y operativas** –prosiguió la bella muchacha–, yo seré simplemente un pobre y débil instrumento del Todopoderoso, Quien, sin embargo, no desea coaccionarte, sino respetar la libertad moral que El mismo te otorgó. Por tanto, si lo prefieres, me iré inmediatamente, sin que nadie se moleste o se sienta por eso. ¿Deseas que me vaya?”

–“No, no. Quédate, por favor. Perdona mi confusión. Continúa”.

Su voz me sonaba categórica y no podía imaginar la manera en que nos estábamos comunicando. Parecía muy segura de sí misma y su belleza me cautivaba más y más.

En todo caso, pensé, quedo muy conforme con disfrutar solamente de su presencia y hermosa figura. Aunque... pudiera ser una impostora. Pero entonces, ¿cómo me da antiguos detalles de fechas y personas?

El frío extraño me atormentaba de nuevo. Mis articulaciones estaban congeladas y no podía mover ni un dedo. La atractiva adolescente se había sentado cerca de mí, en el sofá que forma escuadra con mi sillón. Nos separaban los brazos de los asientos y la mesita metálica en donde se encontraban la

taza de café y la cajetilla de cigarros. Como si adivinara que me estaba muriendo de frío, la bella muchacha se inclinó hacia mí y rozó levemente con las yemas de los dedos de su mano derecha el dorso de mi mano izquierda, que yacía helada sobre el brazo del sillón. Bastó ese simple rozamiento, para que me comunicara calor vital y tranquilidad.

–“*Supongo –me dijo con cierto matiz bromista– que ya te habrás dado cuenta de que estás platicando con una muerta*”.

¿Una muerta? ¡Cómo iba a estar muerta si la veía tan hermosa y lozana! Los muertos tienen un aspecto horrible. He visto morir a varias personas y nunca he notado, al contemplar el rostro de un cadáver, ni siquiera la sonrisa de paz que algunos deudos aseguran haberles visto.

También podría tratarse de un fantasma... Pero los espectros de ultratumba, que en realidad sólo existen en las mentes excitadas por fotonovelas de misterio, consejas y películas escalofrantes, siempre los presentan repulsivos.

Por supuesto, no podía aceptar que ella fuera un fantasma. Tampoco me parecía un cadáver. ¿Qué sería, pues, mi preciosa compañera? No me causaba el menor miedo; al contrario, mucha felicidad. Ella me encantaba, pero yo sentía perplejidad ante lo enigmático de su presencia.

–“*Sí –afirmó–, soy una muerta. O mejor dicho, lo fui, ya que actualmente soy una bienaventurada. ¿De veras, no tienes miedo de seguir platicando conmigo?*”

–“*No, claro que no. Al contrario, sabiendo que eres una glorificada, quisiera hacerte muchas preguntas*”.

–“*Házmelas. Precisamente para eso estoy contigo. Te las responderé hasta donde pueda. Porque debo advertirte que no soy una bienafortunada importante. Soy muy inferior. Después te explicaré el por qué*”.

Me resistía a reconocer que estaba platicando nada menos que con una bellísima habitante del Cielo. Pero ella lo decía, y su hermosura me había hechizado. Le hubiera creído todo lo creíble.

–“*Si en verdad eres la misma joven que conocí de niño, deberás saber, ahora que estás glorificada, lo mucho que significas para mí*”.

–“*Lo sé. Pero mientras fui viadora nada conocí del niño que junto a mí se derretía de amor mientras yo cantaba La Pajarera. No obstante, una vez glorificada, nuestro Dios me habló del primer amor que yo te había inspirado. Comprendí, cuando supe la Voluntad admirable del Señor, que El nos ha destinado para que tú y yo realicemos en el Cielo un amor asombroso, que no pudimos disfrutar en la tierra. Tú eras un niño de ocho años, y yo, una joven casadera. Nuestro amor en cuanto viadores quedaba frustrado*”.

–“*¿Por qué dices «nuestro amor»? Mi amor por ti era y es evidente. Pero, ¿tu amor por mí...?*”

–“*Nada sucede al acaso. La Inteligencia Infinita lo tiene todo minuciosamente planeado, dentro de la voluntad libre del hombre. Su Divina Providencia lo ocasiona o lo permite. Todo amor honesto de la tierra, jamás se frustra en la vida eterna. Todo amor virtuoso forzosamente es recíproco y si no se realiza en este mundo, se consumará de un modo inefable en el cielo. Porque desde la eternidad fue querido y proyectado por el Altísimo*”.

–“*¿Te refieres a los amores fracasados de este mundo?*”

–“*Sí, a todos los amores lícitos. El Señor coloca en esos amantes los vínculos de atracción y de complementación recíprocos. Para que se busquen y se encuentren, si no en esta vida, seguramente en la otra. Para que se amen, se deseen, se gocen y se posean al inefable y fructivo modo celestial de la Patria. Por supuesto, como veremos más adelante, no se trata de placeres conyugales, toda vez que en el Cielo no hay matrimonio; ni los bienaventurados nos satisfaríamos con deleites tan breves y pequeños. Ese inaudito amor humano celestial es la realización plena y gozosísima del amor de Caridad, que luego te describiré. Claro que, a causa del pecado del mundo –añadió–, muchas veces no se notan o no se pueden cumplir en esta vida los lazos de complementación amorosa programados por el Creador. Porque dichos vínculos se han opacado, se han desvirtuado; casi han perdido su brillo de atracción, debido a las taras hereditarias, lacras de enfermedades, costumbres inadecuadas, pobreza, incultura, etc. Todo lo cual es consecuencia del pecado. O bien, como en nuestro caso, **son amores imposibles en la tierra, pero que se cumplirán cabalmente en el Cielo.** Después te explicaré por qué los permite el Altísimo.*”

No obstante, existen y perdurarán eternamente esas vinculaciones de amor, establecidas por el Señor. Te diré más: Para fundamentar el lazo recíproco de amor celeste, es suficiente la existencia de atracción amorosa en uno sólo de los amantes honestos de la tierra. Puesto que el amor lícito que empieza en este mundo, siempre es correspondido e infrustrable en el Cielo, ya que no se opone a la Divina Voluntad”.

¡Acababa de oír algo grandioso! Mi bella visitante me ama y, algún día, “inefable y plenamente”, se realizará nuestro amor. Mi gozo no cabía en mí. Me parecía que todos los amores de mi vida se fusionaban en el de mi amada muerta; que todos ellos retornaban al molde que les dio origen, para darle más vida al arquetipo. ¡Cuánta felicidad me aguarda en mi futura Patria!

Noté en mi amada compañera, a pesar de su pudorosa indiferencia, una emoción semejante a la mía, la cual se transparentaba a través del rubor de sus mejillas y de los destellos que abrillantaban la expresión de su llamada. Ella volvió a tocarme levemente, tal vez para evitar que me enfermase de alegría. Sin embargo, no podía yo reflexionar con calma en medio de aquellas emociones: la belleza de mi visitante, el saber que era una encantadora bienaventurada, su indecible amor por mí, su recuerdo vuelto a vivir, mi incertidumbre entre el sueño y la vigilia, y el misterio de las parálisis: la de la imagen en el televisor, la del humo del cigarro y la mía propia.

–“*¿Qué más quieres saber?*”, me preguntó.

Me tranquilicé lo más que pude e intenté formularle otra pregunta. De tantas que a este respecto se me han ocurrido, no recordé ninguna. ¡Qué inoportuno aturdimiento! Apenas atiné a decirle:

–“*¿Qué es lo que hacen los bienafortunados en el Cielo?*”

–“*Amar a nuestro Dios, disfrutar de su Amor y su Poder, amar a todos los seres del Universo y gozar con ellos hasta el límite del grado de gloria obtenido en esta tierra. Más adelante procuraré demostrarte la deleitosa compenetración físico-espiritual entre los glorificados afines, la que supera inmensamente en intensidad, duración, calidad y modo, al mejor placer terreno.*

Debes saber que la eterna Bienaventuranza comprende dos aspectos: el gozo directo con el Creador y el disfrute de los bienes creados. A la visión y posesión por amor directamente de nuestro Dios se le llama gloria esencial, porque es la mejor. Los placeres y gozos que en el Cielo nos proporciona el Universo creado, corresponden a la gloria accidental. En esta entrevista sólo hablaremos de la gloria accidental, que es la menor. Dejaremos pendiente la gloria esencial para otra ocasión”.

–“*¿Cómo es el Cielo?*”

–“*El Cielo es la Bienaventuranza, es decir, la plena Felicidad y el gozo con alabanzas. No se trata de un recinto especial, como una gran catedral o un enorme estadio. No, el Cielo consiste en la Dicha inmensa de los bienaventurados. El Cielo es todo el Cosmos, estructurado admirablemente por nuestro Dios para proporcionarnos una infinidad de vivísimos gozos y placeres.⁴ Por ejemplo, en este momento mi Cielo es la sala de tu casa porque aquí y ahora estoy disfrutando de la gloria que me otorgó el Altísimo. La felicidad celestial la llevo conmigo en dondequiera que me encuentre. Como puedes ver, en la Patria todo es amor y gozo. Y algo semejante debería suceder entre los mortales”.*

–“*¿Y por qué no?*”

–“*Por causa del pecado: el original, primero, y luego, el actual personal que se le suma, entrelaza y complica hasta formar el tremendo pecado del mundo. El mal moral ha trastornado todos los planes divinos. No digo que los haya nulificado, sino que los complica y retarda, y convierte en dolor lo que debería ser gozo”.*

–“*¿Cual es tu nombre?*”, le pregunté con curiosidad.

–“*Mi nombre en la tierra ya no tiene importancia. Mi nombre nuevo en el Cielo es confidencial. Porque has de saber que al glorificarnos, nuestro Dios revela a cada bienaventurado, secretamente, su nombre nuevo, esto es, el nombre que expresa con exactitud el modo de ser preciso e individual de cada quien. El nombre nuevo explica claramente la personalidad singular y la función particular de felicidad que habrá de gozar cada uno en el cielo. Es la definición exacta de todo lo glorificado. Es la revelación luminosa de su vocación terrena y celeste. No te imaginas el júbilo y gratitud con que el*

⁴ - No olvidemos que esta glorificada es de un rango inferior y que el mismo San Pablo habla de “tres Cielos” (2 Cor.12,2)

bienafortunado recibe su nombre Nuevo,⁵ conoce, entonces, la esencia de su personalidad y ve que se ajusta exactamente a su eterna vocación de gozo y placeres. El nombre nuevo es un secreto, porque se refiere, sobre todo, a la gloria esencial que se va a disfrutar directamente con nuestro Dios. Porque atañe a las sutiles características o matices peculiares de amor, con los que se amarán eternamente al Altísimo y el recién bienafortunado. Incluye el principal gozo que dicho bienaventurado recibirá del Universo todo, así como el que otorgará, en reciprocidad, al resto del Cosmos. También es un secreto en esta vida, por causa del pecado que todo lo obscurece”.

–“¿No quisieras revelarme tu nombre nuevo?”

–“¡Imposible! Te mataría de dicha. Cualquier noción estrictamente celestial causa un gozo incompatible con la vida terrena. Sin embargo, podrías llamarme **Tiernamada**. Creo que es la palabra de este mundo que más se aproxima a mi nombre nuevo, ya que poseo una remotísima participación de la Ternura Divina”.

Tiernamada volvió a rozar con sus dedos el dorso de mi mano izquierda, casi paralizada sobre el brazo del sillón. Me vivificó inmediatamente. Y esto me hizo amarla más. Fue como descubrir en ella una prodigiosa habilidad técnica, que, si bien yo no entendía, me unificaba aún más con la hermosa habitante del Cielo.

4

–“Quisiera coordinar tus conocimientos respecto a la dimensión **tiempo**”, propuso Tiernamada.

Por lo pronto, no entendí por qué decía “coordinar conocimientos”, en vez de explicármelos. Luego supe el asombroso porqué.

–“El viador –afirmó– posee un poco de fuerza para influir sobre las tres dimensiones del espacio: longitud, anchura y espesor. Modifica las cosas, las comprime, las dilata y, en cierto modo, disminuye las distancias mediante los rápidos vehículos de transporte. Pero tratándose del tiempo o cuarta dimensión el peregrino es incapaz de alterarla y se ha adaptado a su impotencia.

No obstante modernos estudios por vía matemática, no experimentalmente, señalan la posibilidad de visitar el pasado o el futuro. Claro que ésto ha dado pábulo a la literatura de ciencia-ficción. Más en el fondo hay mucho de verdad. Si una nave espacial saliera de la tierra y viajase a la velocidad de la luz, directamente a la constelación de Andrómeda, un mes de ida y otro de regreso, el hipotético astronauta envejecería dos meses y así lo marcaría su cronómetro. Mientras tanto, transcurrirían unos sesenta años en la tierra. O sea, que a su regreso el viajero se encontraría con sus bisnietos.

Naturalmente, lo anterior es irrealizable durante la vida mortal. Pero algo de ello se verifica con la mayor facilidad en el Cielo. Observa que el tiempo mide los actos sucesivos del movimiento, mas el tiempo se encuentra también en el ser de las cosas. Los cuerpos son movimiento. Por esto, si el movimiento se acelera o se retarda exageradamente, el tiempo cambia su frecuencia y sobrepasa las clásicas nociones terrenas, muy subjetivas, del presente, pasado y futuro”.

En esta primera explicación, no entendí eso de que el tiempo está en el ser de las cosas. Después me lo demostró objetivamente.

–“Me parecen muy reales las ideas del pasado, presente y futuro”, le argumenté, muy seguro del testimonio de mis sentidos y del consenso de la humanidad.

–“Son categorías necesarias durante el estado de peregrinación en este mundo, pero carecen de trascendencia en la Patria. Luego te diré por qué. Los sabios de la tierra vislumbran ya estas verdades y afirman que el hombre, durante su paso por este planeta, ordena de un modo egocéntrico los sucesos en su mente, de acuerdo con su personal sentido del pasado, presente y futuro. Sin embargo, **excepto en la conciencia del viador, el Universo, el mundo objetivo de la realidad, no acaece, no se aniquila, no sucede; simplemente existe.**”

–“¿Y esa es la verdad?”

–“Sí. Así lo vemos desde el plano de conciencia de la vida celestial. También los científicos mortales se dan cuenta de ello, al comprobar que los astronautas, cuando viajan a una velocidad

⁵ - “Al vencedor –dice el Señor– le daré **un maná recóndito** y le daré una piedrecita blanca, en la que tiene escrito **un nombre nuevo**, que nadie conoce, sino quien lo recibe” (Apoc. 2,17).

mayor que la de rotación de la tierra, envejecen una millonésima de segundo, menos que el resto de la humanidad. Muy pronto te haré una demostración”.

–“Sin embargo –protesté– el tiempo es algo fugitivo, huidizo; se nos escapa como una corriente de agua entre los dedos. Cuando empezamos a pensar en el instante actual... ¡ya es pasado!”

–“Esto se debe al testimonio de tus sentidos, exclusivo del estado de viador en que te encuentras aquí en la tierra”.

–“Perdóname, pero el tiempo transcurre inexorablemente. Lo único que vale de él es el momento actual, por que el pasado ya sucedió y se acabó. Estoy seguro de que el tiempo pasa sobre la humanidad como una nube en el firmamento. Para que todo mundo sepa la fecha en que nació, en la que vive y le suceden sus acontecimientos, y en la que los deudos se aseguran de la defunción”.

–“Creeme –insistió amablemente–. Estás equivocado y te lo voy a probar cuando observes, hoy mismo, la majestad de la quinta dimensión. Tu error podría compararse con la antigua idea falsa de que la tierra permanecía inmóvil, como centro del Cosmos, y que era el sol el que giraba alrededor de ella...⁶ Los mortales se inclinan al pesimismo –sentenció–. Son muy susceptibles al poderío de lo egocéntrico, por razón del pecado original. Esa maldita lacra, que heredamos de nuestros primeros padres, es la causa remota de todos los males y limitaciones que aquejan a la humanidad, impidiéndole tomar conciencia de su verdadera ubicación, en el Cosmos”.

“Parece que exagera”, pensé. Y con trabajos por la extraña pesantez que me agobiaba, observé mi reloj. Fue inútil. El segundero estaba parado.

–“No estamos en el ritmo temporal del reloj y del calendario”, dijo sencillamente, y yo me alarmé.

–“No te preocupes –me animó–. Nuestra entrevista no podría efectuarse al compás del reloj. Después te diré por qué. Es como si el tiempo normal de la tierra se hubiese detenido para nosotros. Nos hemos ubicado en una frecuencia temporal muy lenta. Porque has de saber que **el tiempo tiene muchas frecuencias, así como longitudes y amplitudes en sus ondas**. Claro es que sólo conocías el ritmo temporal de la tierra, el del reloj. Sin embargo, considera que un segundo es divisible hasta el infinito matemático. ¿No se te ha ocurrido pensar en lo que sucede durante una de esas fracciones infinitesimales del tiempo? ¡Acontecen muchas cosas!”

–“No me doy cuenta de ello”.

–“Considera simplemente que tu vida no se interrumpe en este lapso, que por ser brevísimo, carece de trascendencia. Lo que pasa es que **tú, igual que todos los mortales, vives con tu conciencia atada fuertemente al instante actual**”.

–“¿Por qué vivo con esa ligadura?”

–“Te decía que la razón de todos los males de la tierra es el maldito pecado. No obstante, en el actual régimen de la Fe y en el estado de peregrinación por este mundo, nuestro Dios ha dispuesto, movido por el inmenso Amor que profesa a la humanidad, que el peregrino transcurra con gran rapidez durante la prueba que es la vida mortal. Por ello el hombre transita por la tierra como si viajara en un avión supersónico. Además el Señor ha ligado la conciencia del viador con el momento presente, para disminuir y abreviar las penalidades terrenas a sus amadas criaturas humanas. Y sólo les permite contemplar el Universo desde la ventanilla del velocísimo instante actual”.

–“No me siento amarrado...”

–“Es que no habías reflexionado en eso. Por otra parte, la adaptación al ambiente es tan poderosa, que la costumbre de vivir sujeto al momento presente ya no te llama la atención. Sucede lo mismo con tu vinculación a la superficie de la tierra por la fuerza de gravedad y con la imperceptibilidad de lo que ocurre en una fracción infinitesimal del tiempo. **Precisamente la atadura con el instante actual es lo que te obliga a recurrir a las nociones subjetivas, pero necesarias para los viadores, de lo pasado, presente y futuro**”.

–“¿Y tú ya rompiste esa traba?”

–“Sí, gracias al Señor. Quedó rota con mi buena muerte. En cuanto a ti, la sujeción forzosa con el momento presente se ha suspendido mientras dure nuestra conversación, por un favor singular que te

⁶ - La idea era falsa, en el sistema tolemaico, porque suponía la tierra *inmóvil*, sin movimiento de traslación, pero igualmente se equivoca el sistema de Copérnico-Galileo. Véase al respecto la obra de Fernand Crombette “¿Galileo tenía razón o no?”, también en animación “power point” en esta misma página web.

hace el Altísimo”.

Mi desconcierto era tal, que en vez de dar gracias por tan espléndido regalo, sentí una fuerte aversión por los grilletes que aprisionaban a mi conciencia con el instante actual. Pero Tiernamada reaccionó inmediatamente: –“*¡Qué bueno es el Creador al darnos el obsequio del tiempo! Para los viadores, es como un disolvente en que se diluyen paulatinamente los gozos y sufrimientos de la vida mortal”.*

–“*Debe ser un solvente muy frío, porque no ha alcanzado a diluir todos mis males”.*

–“*¡Eres el pesimismo en dos pies! Mira. Si en un sólo acto de existencia fueses capaz de gozar la suma de tus momentos felices, o la de tus tribulaciones, es seguro que, incapaz de soportar tanta dicha o semejante dolor, morirías en ese instante. Es verdad que el momento presente es el carcelero de tu conciencia, pero también es tu aliado. Por que te da la oportunidad, al llenarlo de amor de Caridad, de colaborar con nuestro Dios y obtener la estupenda gloria futura que El quiere para ti. La ligadura de tu conciencia con el instante actual te brinda la oportunidad de recapacitar y pedir perdón. Si no fuese por ella, tu vida sería un continuo presente. Te convenceré de esto un poco más adelante”.*

–“*Pues bien –prosiguió–, nos encontramos en un paratiempo. Es decir, es una onda temporal muy lenta con relación al tiempo normal de la tierra. Pero de frecuencia rapidísima, toda vez que efectuaremos muchas cosas en un lapso muy breve. Desde que la imagen quedó fija en el televisor, el tiempo ordinario de la tierra casi no ha transcurrido. Estamos viviendo en el ritmo de milmillonésimas de picosegundo. Un picosegundo equivale a 10^{12} , o sea, $\frac{1}{1000.000000.000}$ de segundo.*

Es decir, cuando debía haber transcurrido una media hora desde que conversamos, apenas han pasado unas cuantas milésimas de picosegundo. Me cuesta trabajo traducir mi pensamiento en el lenguaje de la física y de las matemáticas terrenas. No olvides que soy una bienaventurada muy última. Pero calculo que esta larga entrevista, con los paseos al través del tiempo y otras cosas que vamos a realizar, no durará más de una milésima de segundo. Aunque quizá tomemos unos diez minutos del tiempo pasado”.

Lo de estar viviendo en un paratiempo infinitesimal me parecía increíble. Pero me entusiasmaba la maravillosa entrevista con Tiernamada, los paseos al través del tiempo y esas otras cosas que íbamos a efectuar.

–“*Dices que nos encontramos en otra frecuencia temporal –le objeté–, y yo no he sentido el cambio...”*

–“*¡Claro que te has dado cuenta! Por eso sientes tanto frío y casi no puedes moverte. Mi cuerpo glorificado, en cambio, no resiente esas modificaciones de las ondas temporales cuando visito el pasado o viajo por los espacios siderales. Al contrario, todo ello me causa sensaciones muy agradables. Son prodigiosas las cualidades de los organismos humanos bienaventurados”.*

Se me ocurrió levantar mi mano derecha a como a un centímetro del brazo del sillón, y tuve que desplegar un esfuerzo como para levantar veinte kilogramos.

–“*¿No podrías disminuirme esta pesantez, así como casi me has quitado el frío?”*

–“*No, no es prudente. Muy pronto lo vas a comprobar. Pero volvamos a platicar de las ondas temporales. Nuestra desaceleración, respecto al tiempo normal de la tierra, hace que para nosotros no se mueva la imagen del televisor, que no se oiga ningún ruido y que no acabe de difundirse la columna de humo de tu cigarro. Ahora ya sabes por qué no oíste el ruido de tus pasos ni el de los goznes de la puerta de la estancia ni el trasteo de la cocinera”.*

5

–“*Decías –le argumenté a Tiernamada– que estamos viviendo al compás de milmillonésimas de picosegundo. Siendo así, nos encontramos en un movimiento cuya frecuencia debe ser millones de veces inferior al movimiento de rotación de la tierra. Y esto significa que nos encontramos muy cerca de la inmovilidad absoluta... ¡Quizá nos aproximamos a la nada...!”*

–“*No te inquietes. Estamos muy lejos de la inmovilidad absoluta. Recuerda el ejemplo clásico de la teoría de la relatividad. Si un automóvil circula en carretera a cien kilómetros por hora, ¿cuál es*

la velocidad absoluta de dicho vehículo? Claro está que su velocidad relativa, con relación a la carretera que se supone inmóvil, es de cien kilómetros por hora. Mas para calcular la velocidad absoluta, habría que sumar algebraicamente, a los cien kilómetros, la velocidad de rotación de la tierra, más su velocidad de traslación alrededor del sol, más la velocidad de traslación del sistema solar hacia la constelación de Hércules, más la velocidad de traslación de toda nuestra galaxia hacia otras constelaciones, más la inmensa celeridad de la expansión de todo el Universo...⁷ El resultado –concluyó muy alegre– sería que el automóvil, con relación a la inmovilidad absoluta, y no con relación a la carretera que arbitraria-mente hemos considerado inmóvil, circularía a millares y millares de kilómetros por segundo terrestre”.

–“¡Y yo había pensado que estábamos próximos al reposo absoluto! Nunca imaginé que la tierra se moviese tan rápidamente”.

–“Te aseguro –afirmó para confortarme– que a pesar de la gran lentitud de este paratiempo, estamos muy lejos de la inmovilidad completa; la cual, por otra parte, no es tan temible: la inmovilidad no es lo mismo que la nada. Tranquilízate, no te ocurrirá ningún mal. Nuestro Dios permitió este paratiempo contigo. ¿Acaso no tienes confianza en la Divina Sabiduría?”

–“Sí, por supuesto que sí, –le respondí, más por compromiso que por convicción–. No obstante, si nos movemos más lentamente que la tierra, ¿por qué permanecemos en nuestros lugares, como si nos moviéramos a la misma velocidad que el planeta?”

–“Más adelante vislumbrarás la explicación. Por lo pronto, te contestaré con un ejemplo. La luz que entra por la ventana se mueve a 300.000 kilómetros por segundo, y, sin embargo, el haz de rayos luminosos se contempla fijo. Lo mismo sucede con la tierra, que está roteando y parece inmóvil. ¡Las apariencias engañan! En tu propio cuerpo, los electrones de tus átomos vibran a una velocidad cercana a la de la luz, y ni siquiera te das cuenta de ello.

Son muy limitados los sentidos corporales –comentó-. La tierra, por ejemplo, se traslada alrededor del sol a la velocidad de unos 108.000 kilómetros por hora, y ningún mortal siente tan excesivo movimiento ⁸. Por tanto, si te atuvieras al testimonio exclusivo de los sentidos, caerías fácilmente en el error. De veras –insistió–, no te pasará nada malo. Al contrario, así te podré explicar mejor y efectuaremos varios experimentos que te enfermarían o hasta te matarían, si tus funciones vitales estuviesen actualmente en ejercicio”.

¡Otra sorpresa más! ¡Mis procesos vitales estaban suspendidos!

–“¿Quieres decir que no tengo signos de vida? ¡Entonces, estoy muerto!”

Me alegraré de llegar a esta conclusión. Porque después de columbar el Cielo futuro a través de la belleza de Tiernamada, empezaban a estorbarme los apegos mundanos a esta vida mortal.

–“Mientras te encuentres en este paratiempo, tu organismo no manifiesta los signos vitales que se estudian en medicina, por la sencilla razón de que no transcurren en el tiempo ordinario de la tierra, gracias al cual se realiza la fisiología humana”.

A pesar de la semiparálisis y de la rara sensación de frío, me sentía vivir como siempre. Sin embargo, me observé mejor y... ¡no respiraba!

–“No te alarmes –me dijo inmediatamente–, no te pasará nada malo. En los paratiempos muy lentos, las funciones biológicas se efectúan de manera distinta que la de los viadores. Mientras vivas en este paratiempo, no latirá tu corazón, ni circulará tu sangre, ni respirarás. Ahora entiendes por qué no se movió la columna de humo de tu cigarro, cuando creíste soplar sobre ella”.

Me apresuré a tomarme el pulso y... ¡nada!

–“No logro entender cómo permanezco vivo, ¡o quizás ya no...! Ni menos cómo es factible que piense, si carezco de signos vitales...”

⁷ - El Autor se apoya mucho en la teoría de la relatividad, de Einstein. El ejemplo que aquí pone Tiernamada corresponde a las categorías mentales de que dispone el Autor, sin dar con eso más fuerza o quitarla a la tesis de fondo del libro. El Autor da por seguras las afirmaciones “oficiales” de la Astronomía actual, que en buena parte son discutibles, como resulta de la obra de Fernand Crombette “¿Galileo tenía razón o no?”, en que desarrolla una crítica sin cuartel a la teoría de la relatividad de Einstein (véase la nota anterior). Pero la tesis del libro no resulta afectada por eso.

⁸ - La tierra debería girar, como todos los planetas, alrededor del Sol, habiendo sido expulsada de él, pero en realidad ambos giran, en órbitas prácticamente paralelas y con el mismo ángulo en torno a un punto central, que es *tangencial* a la tierra.

–“Esto último te demostrará que el hombre no piensa con el cerebro, por más que éste intervenga en el pensamiento, sino, sobre todo, con el alma espiritual. La biología cósmica tiene leyes distintas de la terrena, de acuerdo con la onda temporal en que se ubique el ser vivo. La vida humana en cualquier lugar y tiempo del Universo se sostiene mediante las energías. Sólo que en la frecuencia del tiempo normal terrestre, la energía se toma de los alimentos y del oxígeno del aire. Mientras que en los paratiempos lentos la energía se adquiere directamente del medio: de la materia-energía del ambiente y del medio biológico interno. Si estuviésemos en la frecuencia normal del tiempo de la tierra, tanto tú como yo necesitaríamos respiración y alimentación”.

–“Entonces, ¿mi organismo está efectuando la asimilación, y la desasimilación en este paratiempo?”

–“Claro que sí. Adquiere la energía vital de tu medio biológico interno. Pero la excreción es casi nula. Si permanecieras el equivalente a diez años en este paratiempo, apenas excretarías unas gotas de sudor. Lo mismo pasa conmigo pero en un grado sumamente perfecto. Esto se debe a que casi no se forman desechos químicos, sino que se aprovecha totalmente la energía extraída de los átomos. Recuerda que el átomo es un gran almacén de energía”.

–“¡Vaya! Ahora resulta que estoy funcionando como un reactor atómico”.

–“Funcionas mucho mejor, porque utilizas unos pocos átomos, pero los desintegras, en modo total y no parcialmente, como sucede en las pilas nucleares. Lástima que no te sea dable disfrutar el deleite que causa, en el Cielo, la realización de las funciones biológicas regidas por el alma. Aquí en la tierra, apenas se siente un ligero bienestar cuando todo el organismo funciona bien. Más en la gloria, eso mismo causa inmensos placeres que aumentan nuestra felicidad accidental”.

¡Cuántas maravillas del Universo desconozco! –pensé-. Qué pequeño es el caudal de la ciencia a pesar de acercarnos al siglo XXI. Nadie imaginaría que el cuerpo humano fuese capaz de causar tanta felicidad y de fisionar los átomos.

–“Tiernamada, ¿cómo puedo desintegrar átomos si no me doy cuenta de ello, ni sabría cuales fisionar?”

–“Tu conciencia no lo sabe, claro está. Pero tu alma espiritual, sí. Y lo sabe muy bien y lo puede ejecutar perfectamente. Así como conoce y coordina la digestión, filtración, regulación, comunicación, etc., sin que la conciencia se dé cuenta de ello. Si tu conciencia psicológica tuviese que controlar todas las funciones de tu organismo, no te alcanzaría el tiempo para dirigir bien una sola de ellas. Por ejemplo, si tu entendimiento y voluntad tuviesen que regular los movimientos del corazón, ni siquiera conseguirías dormir ni atender ningún otro asunto, por estar pendiente de acelerarlos o retardarlos según conviniese.

Nuestro Dios le ha quitado a tu conciencia todos esos tediosos problemas, para que dediques el entendimiento y la voluntad a cumplir Sus designios sobre ti, a amarlo y servirlo mediante la Fe y las obras de auténtico amor de Caridad. El alma sabe muy bien cómo regir cada función biológica y como coordinarlas todas, inclusive las psicológicas, como las costumbres que mecanizan la conducta. Sabe también vivir en el Cielo y en cualquier frecuencia ondulatoria del tiempo, así como viajar a velocidades fantásticas, atravesar las paredes, dominar las fuerzas de la Naturaleza, etc. El mortal posee en germen lo que ha de disfrutar en la Gloria venidera”.

–“Si mi alma sabe como fisionar átomos, ¿por qué no lo hace de una vez? Me evitaría el trabajo diario, los fastidios del Metro y hasta las indigestiones”.

–“Lo sabe hacer, pero no lo ejecuta por mandato divino. Porque apenas está mereciendo, con sus buenas obras, la gloria eterna. Porque a causa del pecado original, todo ser humano debe alimentarse mediante el trabajo honrado y soportar cristianamente las pruebas que le envíe nuestro Dios. Además, tu alma nunca antes se había ubicado en un paratiempo”.

–“Le bastó situarse en él para aprender”.

–“No aprender, sino ejercitar lo que de antemano sabía, desde que la creó el Señor. El alma humana es sapientísima. Efectúa lo principal: el pensamiento y el amor, y le alcanza el tiempo terrestre para ganarse con honradez la vida, educarse, cumplir con todos sus deberes, divertirse sanamente y descansar”.

–“Sin duda que el alma es un gran misterio”.

–“Sí. Es un enigma para los viadores, pero no para los bienaventurados. Durante la vida mortal, el alma trabaja día y noche en silencio y no molesta ni distrae la actividad de la conciencia, tanto en la vigilia como en el sueño. Sólo cuando se le presenta algún problema grave, insoluble para ella que no tiene aún los poderes de la glorificación, avisa a la conciencia por medio de malestares o dolores, para que intervenga el entendimiento y resuelva la dificultad”.

–“Tiernamada, si carezco de signos vitales en este paratiempo, ¿cómo es que puedo moverme, aunque con trabajo?”

–“Es muy sencillo. Todo movimiento material requiere energía. Los peregrinos mortales la obtienen de sus alimentos, después de muchos trabajos fisiológicos de digestión, absorción, circulación, asimilación, desasimilación, etc. Tú, en este paratiempo, adquieres la energía del plasma sanguíneo y de la linfa de tu organismo. Para ello nuestro Dios te ayuda mediante el roce de mis dedos sobre tu mano. Los bienaventurados, en cambio, tomamos la energía directamente del medio en que nos encontramos: luz, calor, electricidad, fuerzas gravitacionales y otras energías que te mencionaré después. Y también, con frecuencia, comemos exquisitos alimentos, aunque esto no se necesite en el Cielo”.

Por lo pronto, no entendí cómo los bienafortunados tomaban la energía. Poco después me di cuenta de su inmenso poder sobre la materia y las fuerzas naturales.

Creo que comencé a entrever la maldición divina sobre la humanidad pecadora: “Comerás el pan mediante el sudor de tu rostro...”⁹ Estoy tan acostumbrado a trabajar, que mi ocupación me parecía normal, natural. Pero empezaba a presentir que el cansancio del deber cotidiano es algo que Dios no quería para el hombre. Columbré que la fatiga del trabajo humano, la enfermedad y la muerte se deben, no a la Voluntad Divina, sino al pecado de la humanidad. Y me consideré muy culpable de cooperar con mi aportación de maldad al pecado del mundo.

6

Tiernamada y yo continuábamos sentados en la estancia de mi humilde casa. De cuando en cuando miraba yo la inmóvil voluta del cigarro y la imagen fija del televisor, testigos de la fabulosa experiencia que estaba viviendo.

–“¿Así que también hay cocineras en el Cielo?”, le pregunté a Tiernamada.

–“Sí, contamos en la Patria con grandes santas expertas en aderezar platillos exquisitos, sin que les cueste el menor esfuerzo”.

–“Pero si en la Gloria eterna nadie trabaja, ¿dónde consiguen la carne, las legumbres, la fruta?”

–“Todo alimento, por complicado que parezca, en último término está formado de átomos, y éstos, de energía. Pues bien, los átomos y la energía nos obedecen ciegamente, al grado de que con sólo nuestro querer logramos fácilmente combinarlos, transmutarlos, fisionarlos y convertirlos en manjares vistosos y suculentos. Más aún, la materia-energía está ansiosa de servirnos de alimento, de incorporarse a nuestro cuerpo bienaventurado y de participar de nuestra gloria accidental. Es que todos los seres nos hallamos vinculados por los lazos de amor universal; nos completamos unos con otros, nos deseamos y nos poseemos a la inefable manera celeste. No es panteísmo; se trata de interrelaciones. Los átomos, movidos por el amor universal, están suspirando y como con dolores de parto¹⁰, mientras les otorgamos felicidad a su modo. Ya verás en el Cielo, que todo ser es capaz de conocimiento y amor, aunque sea rudimentariamente”.

–“¡Grandioso! Ustedes, los bienaventurados, consiguen por sí mismos y sin esfuerzo, mucho más que nuestro mejor laboratorio de energía nuclear”.

Me había olvidado de mis deberes de anfitrión. Pero al hablar de alimentos, recordé que debía ofrecer siquiera un refresco a mi amada visitante.

–“¿Te gustaría tomar una taza de café?”

–“No, gracias. Mejor, si te parece, te prepararé una pequeña golosina celestial”.

Tomó mi cajetilla de cigarros. Le quitó la envoltura de celofán. La arrugó entre sus dedos hasta

⁹ - Génesis, 3,19.

¹⁰ - Romanos, 8,22.

formar una pequeña bola, y me la ofreció con una sonrisa radiante.

–“*Pruébala. Estoy segura de que te gustará*”.

En efecto. ¡qué golosina tan exquisita! Jamás había gustado algo tan sabroso. Como un frágil polvorón se deshizo en mi boca. Su sabor agradabilísimo era único. No alcancé a reconocer el predominio de ninguno de los sabores fundamentales: dulce, salado, amargo y ácido. Y a pesar de que he probado chocolates suizos y norteamericanos, así como mazapanes y canelones de almendra, esta celestial golosina los superaba con creces.

–“*Está exquisita. ¿Como la hiciste?*”

–“*Transformé las moléculas de celofán en otras sustancias químicas, desconocidas en la tierra, las cuales excitan armónicamente todas las papilas gustativas. No parcialmente, como los clásicos postres terrenales. Lástima que esta misma golosina no la puedas probar en el tiempo normal de la tierra*”.

–“*¿Por qué no?*”

–“*Porque te morirías de gusto. Disfrutarías de un placer incomparable con la vida mortal. En realidad has probado menos que a medias esta inferior golosina. Porque percibiste su sabor por medio de la infraenergía, de la que te hablaré después, ya que nos ubicamos en un paratiempo muy lento, en el que no es posible la transmisión de la impresión gustativa mediante impulsos nerviosos*”.

–“*Pues me pareció deliciosa. Tú debes ser una magnífica cocinera celestial*”.

–“*No. Esta golosina la puede preparar cualquier bienaventurado. Diría que en el Cielo corresponde al pinole¹¹ de la tierra. Ya conocerás a muchas santas cocineras que por su gran gloria, preparan manjares de veras suculentos. En los peregrinos de este mundo, el sentido del gusto se encuentra muy atrofiado a causa de tanto mal moral. Por el contrario, en los bienaventurados es agudísimo y perfecto. No te imaginas cómo tratamos de congraciarnos con esas santas reposteras*”.

–“*Yo creía que en el Cielo, ante la Visión Beatífica, los glorificados se olvidarían de lo demás: placeres de los sentidos, goces estéticos de las bellas artes, otros amores y amistades...*”

–“*Es verdad que nuestra gloria esencial, es decir, la Visión Beatífica y la Posesión Amorosa con nuestro Dios bastaría para hacernos completamente felices. Pero El, por amarnos muchísimo, ha dispuesto que además gocemos de nuestra gloria accidental: infinito número de amores humanos, angélicos, estéticos, científicos y otros más, desconocidos en esta tierra. Aparte de incalculables placeres de la vista, oído, olfato, gusto y sobre todo, del tacto, que, como veremos después, no se limita a las papilas táctiles de la piel, como sucede aquí, sino que abarca todas las células del organismo, las cuales gozan y nos hacen gozar lo indecible en nuestras compenetraciones amorosas, al estilo jubiloso del Cielo, con toda la Creación*”.

¡Fascinante! ¡Disfrutar sin trabajos! Deleitarse sin esfuerzos. Saborear exquisitos manjares sin pagar por ellos. Oler perfumes delicados. Contemplar bellezas como la de mi amada visitante y poseerlas amorosamente, al frutivo modo celestial, por medio de la inefable compenetración con ellas.

Más adelante columbré la maravilla de esa interpenetración físico-espiritual entre los bienaventurados, de acuerdo con los Designios Divinos. No pude menos que darle gracias a Dios por haberme llamado a la existencia. Por regalarme la naturaleza humana y no la material pura, la vegetal o la animal. Por redimirme. Por crearme en el siglo XX y no en la época cavernaria. Por perdonarme mis iniquidades. Por su generosa Providencia durante mi vida. Por tenerme tanta paciencia. Por su esplendor en el presente y por la futura que empezaba a vislumbrar.

Pero volviendo a la deliciosa golosina, le dije a mi compañera: –“*Supongo que ya no te gustará nuestro pozole, ni el mole de guajolote¹², ni las frutas cubiertas*”.

–“*Por supuesto que nos siguen gustando y los comemos con mucho agrado. Pero muy bien hechos, sin ninguna imperfección culinaria. Lo mismo digo de los refrescos, vinos y licores del Cielo, que superan a los mejores de este mundo. Y sin necesidad de mercados, ni de regatear precios, ni de asfixiantes cocinas, ni de platos que lavar. No te extrañes por lo que te digo. Recuerda que nuestro*

¹¹ - “Pinole” en México es una especie de harina de maíz, de sabor neutro, popular. Como uso equivaldría por ejemplo a lo que en otras partes sería un caramelo de menta, por ejemplo.

¹² - Salsas típicas de la cocina mexicana. *Guajolote* es el pavo.

Señor Jesucristo, nuestra Causa Ejemplar, comió con los apóstoles poco después de su Resurrección”.¹³

–“¡Qué bien! ¡Ya tengo deseos de estar en la Gloria!”

–“Colabora pues con tu Redentor. Alcanza con tus buenas obras de cristiano la Bienaventuranza que El te tiene preparada. Cuando la hayas obtenido ¡verás qué banquetes nos daremos!”

–“¿Cuándo será ese cuándo... ?”¹⁴

7

–“Perdóname –le objeté a Tiernamada–, te estoy oyendo claramente y el sonido se propaga a unos 340 metros por segundo. Por tanto, en esta conversación aquí en la sala han transcurrido por lo menos varios minutos y no milésimas de picosegundo”.

–“No te alarmes por lo que voy a decirte –me anunció–. En realidad no nos estamos comunicando mediante palabras audibles, sino por medio de ideas”.

¡Otra sorpresa! ¡No estábamos hablando! Era increíble. Pero tuve que darle la razón. Porque si nos encontrábamos en una frecuencia temporal de milmillonésimas de picosegundo era lógico que no se transmitiese el sonido de las palabras.

–“¿Acaso nos estamos comunicando por telepatía?”

–“Algo más. Mi alma está en contacto espiritual con la tuya. De esta manera, conozco tus pensamientos. Reviso y utilizo tu archivo de memoria intelectual y tu almacén de memoria sensitiva cerebral. Mi alma, por sus poderes de glorificada, está asociando tus ideas, de un modo distinto y más eficaz del que acostumbras. Aparentemente te hablas a ti mismo. Pero yo intervengo y acomodo tus conceptos e imágenes, para expresarte mejor el mensaje particular que te envía nuestro Dios y que motiva mi actual visita”.

–“¿Así que esto no es un diálogo, sino un monólogo?”

–“Estamos en comunicación, mas no conversamos como se acostumbra en este mundo. Platicamos casi de la misma manera que empleamos los bienaventurados. Pero con la diferencia de que no te infundo mis propias ideas, sino que concierto las tuyas para que me entiendas mejor, aunque te parezca un monólogo. Después notarás la importancia de asociar debidamente las ideas en la conciencia. Es el primer paso para que se formen **las convicciones profundas, arraigadas y operativas**”.

Ella tenía razón. En esto consiste **la verdadera educación**. No basta atiborrarse de conocimientos hasta ser una enciclopedia ambulante. Es preciso ordenar y aprovechar, como es debido, unas pocas ideas básicas, fundamentales para vivir cristianamente la vida terrena y necesarias para lograr el Cielo. ¿Pero cómo alcanzar todo ésto?

Tiernamada vio la pregunta en mi mente y la contestó: –“Sólo con la ayuda del Señor. Pero El está ansioso de otorgarla a todo aquel que se la pida cristianamente”.

–“¿Así como nosotros, platican los bienafortunados?”

–“No exactamente, pero casi. En el Cielo conversamos, infundiéndonos directamente nuestras ideas e imágenes. Sin embargo, también hablamos en muchos idiomas y dialectos”.

¡Disfrutar en la gloria el placer del lenguaje! Hablar lo justo, sin errores ni vicios de dicción. Decir exactamente los pensamientos sin dudas, sin ambages, sin malicia, sin peligro. Con la seguridad de ser no solamente escuchado, sino entendido. En este mundo hay que pensar muy bien lo que se dice, ya que resultaría fatal decir lo que se piensa.

–“¿Por qué no me infundes tus ideas, en vez de acomodar las mías?”

¹³ - Lc 24,41-43. Pero el misterio permanece: “Ardientemente he deseado comer con vosotros esta Pascua antes de padecer, porque os digo que no volveré a comerla *hasta que* no tenga pleno cumplimiento en el Reino de Dios. Y tomando un cáliz, dió gracias y dijo: Tomad y distribuidlo entre vosotros, porque os digo que a partir de ahora no beberé el fruto de la vid *hasta que* no haya llegado el Reino de Dios” (Lc 22,15-17). Por otra parte “*El Reino de Dios no es cuestión de comida o de bebida, sino que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo*” (Rom 14,17). Por lo demás, “*aquello que ojos no han visto, ni oídos han escuchado, ni jamás ha venido al corazón del hombre, eso ha preparado Dios para aquellos que lo aman*” (1 Cor 2,9).

¹⁴ - San Juan de la Cruz, Poesía XXIII, 39.

–“Porque ningún mortal logra soportar tanto gozo. Te morirías de placer. No te imaginas el deleite que significa recibir una idea infusa. Equivale a la interpenetración espiritual, al beso entre dos almas”.

–“Ahora entiendo cómo adivinas mis pensamientos. Sin embargo, mueves los labios al comunicarte espiritualmente conmigo. Si no hablamos con palabras, ¿por qué percibo esos movimientos tuyos?”

–“Para no desconcertarte. Ya que en este mundo no es factible el beso entre dos almas, pronuncio las palabras que corresponden a las ideas que aclaro, coordino y hago pasar a tu conciencia. Las expreso vocalmente con mucho amor, puesto que son para ti, aunque sean inaudibles. ¡Lástima que no deba comunicarte alguna idea mía!”

–“Haz la prueba, por favor”.

–“No. Cualquier concepto estrictamente celestial que te infundiese, operaría como una convicción irresistible, y, o te morirías de gozo o casi perderías la libertad humana y, por tanto, la capacidad de colaboración con el designio del Señor sobre ti ¹⁵. Hagamos mejor otra prueba. Cuando me hables, tócate los labios y te darás cuenta de que no los mueves, toda vez que te estás comunicando espiritualmente conmigo”.

–“Debo parecerte un cadáver sentado –le dije, al tiempo que con grandes esfuerzos ponía los dedos sobre mis labios inmóviles–. Si nunca he sabido comunicarme así, espiritualmente, con nadie, ¿cómo es que hoy platico sin palabras contigo?”

–“No es lo mismo saber, que practicar lo que se sabe. Tu conciencia lo ignora, porque nunca lo había experimentado. Pero tu alma espiritual bien que lo conoce; igual que sabe gobernar todo tu organismo y dirigir las funciones biológicas, mientras tu conciencia duerme plácidamente o se ocupa en otros asuntos”.

De veras que sí. Recordé que, en una infección grave, el alma sabe muy bien cómo aumentar las defensas naturales, aunque no haya estudiado medicina.

Era admirable la conversación con mi amiga glorificada, porque a pesar de desarrollarse en milmillonésimas de picosegundo, Tiernamada me dejaba pensar con calma y dirigía mis reflexiones con toda oportunidad. ¡Si pudiésemos platicar así los mortales en la tierra...!

8

–“¿No te parece magnífica la Providencia de Dios en los regalos y ayudas para sus amados hijos humanos?”, me preguntó Tiernamada, con sus dos atractivos hoyuelos en las mejillas, los que de antemano me tenían convencido.

–“La verdad es que no esperaba todo esto”.

–“La acción sobrenatural de nuestro Dios en los mortales es casi siempre inesperada. Algunos la llaman sorpresa, casualidad, destino... Pero en realidad, esas expresiones son los nombres laicos de la Divina Providencia”.

–“¿Por qué llamas «sobrenatural» a esa acción divina?”

–“Porque es algo que se encuentra muy por encima de lo que el mortal conoce ordinariamente. Se trata de una moción superior a lo que, para el viador, es natural, común y corriente. Esto no significa que lo sobrenatural sea raro. Al contrario, es muy frecuente en los verdaderos cristianos”.

–“Pero no se nota...”

–“Es que tú la rechazas de antemano; a priori la juzgas imposible. Y el Señor te busca ansiosamente, pero Se hace de rogar. La causa es el pavoroso pecado del mundo: el desprecio, la indiferencia, el olvido de que hay un Dios Todopoderoso que nos ama entrañablemente. ¡Si yo pudiera cooperar a que el Altísimo y tú se diesen la mano...! ¡Si yo lograra intervenir para que El y tú se estrechasen en inefable abrazo de amor de caridad, sería la más dichosa de las pequeñas bienaventuradas!”

–“Entonces, ¿esta maravillosa entrevista es como una lotería que me saqué?”

¹⁵ - Jamás el Señor nos quitará el libre albedrío que nos ha dado, a imagen de su libertad. Y si en el Cielo los bienaventurados no quieren sino lo que Dios quiere, es por su pleno conocimiento de la Verdad, pero siempre en plena libertad.

–“Sí, algo así. Y no te imaginas su cuantía, toda vez que se refiere a la riqueza de ideas-convicciones profundas y operativas que te obsequia nuestro Dios. Si la sabes aprovechar bien antes de tu muerte, te valdrán una gloria más importante que la ganancia de muchos billones de dólares. Aunque debería decir, en vez de dólares, derechos especiales de giro. Porque observo en tu memoria sensitiva que ha bajado actualmente la cotización del dólar”.

–“Por lo visto, ya tienes bien explorada mi alma y mi cerebro. ¿Acaso estás percibiendo todos mis pensamientos y recuerdos?”, le pregunté, con cierto temor.

–“No. Sólo advierto lo que libremente quieres que conozca. Y no te inquietes, porque el Señor es celoso guardián del decoro y privacidad de cada uno de sus amados hijos humanos. Por supuesto, El conoce todo, absolutamente todo. Pero a nadie lastima ni atemoriza. Su minuciosa Providencia Se ejerce también en el Cielo. El está muy pendiente de que los bienaventurados no cometamos el menor error o indiscreción cuando nos comunicamos entre nosotros, ya sea por interpenetración o mediante el lenguaje”.

–“¿Cuál forma de conversación te agrada más?”

–“Preferimos el diálogo espiritual, sin palabras pronunciadas. Así nos entendemos mejor. El lenguaje terrenal es bello, agradable y meritorio, pero, a veces, algo incierto. Y resultaría insuficiente para expresar el cúmulo de nuevas ideas celestiales. Además, como existen en la gloria todos los idiomas de la tierra, nos sería difícil, sobre todo para los glorificados inferiores, como yo, dominar tantos lenguajes.

Te platicaré uno de nuestros juegos celestiales con los bienaventurados prominentes. Les preguntamos por una noción elevada. Ellos nos contestan con exquisita precisión en algunos de los idiomas que sabemos. Nos asombramos de su explicación y creemos haberla entendido muy bien. Pero luego, ellos se compenetran con nosotros, en la agradabilísima interpretación intelectual, y mediante la deliciosa unión sin confusión de alma con alma, quedamos extáticos al saborear directamente, sin palabras, la misma noción que antes creíamos haber entendido”.

–“¿Quieres decir que el mejor lenguaje no consigue la perfecta comunicación?”

–“En efecto, no puede, ni siquiera en la Gloria. El que habla, necesita seleccionar sus pensamientos y expresarlos con claridad al que escucha. El oyente, partiendo de las palabras que percibe, intenta evocar lo mismo que su interlocutor. Pero no lo conseguirá del todo, mientras sus almas no se compenetren. Ellos se entienden, claro está, mas no se identifican plenamente. Por tanto, el lenguaje sugiere, explica, pero raras veces define y comunica con exactitud”.

–“¡Es admirable el beso espiritual en el Cielo! ¡Lamento no sentir fruitivamente el que me estás dando! De veras que el Universo es complicado y grandioso”.

–“La Creación es infinita en sus cinco dimensiones: las tres del espacio, el tiempo y la eternidad creada, que veremos después”.

–“¿Por qué los viadores ignoramos esas verdades? ¿No sería mejor que Dios nos permitiera conocer todas sus maravillas creadas, así como lo consiente para las verdades científicas sencillas? ¿Por qué su Divina Revelación no abarca la descripción de los paratiempos, la de la inefable comunión en espíritu entre los bienafortunados y la de las exquisitas golosinas de la vida futura?”

–“Porque nuestro Dios ha revelado lo necesario para que todo hombre de buena voluntad alcance su Vida eterna, que es lo verdaderamente valioso y necesario.. Es lenta la pedagogía de la Palabra Revelada, debida al maldito pecado, a la rudeza humana causada por tanta soberbia, egoísmo, engaño, erotismo...”

–“¿Tan funesto es el pecado?”

–“Tanto que si el hombre hubiese sido menos pecador, habríamos aprovechado más la Revelación. Y la humanidad, en medio de las penalidades indispensables para la prueba que es la vida mortal en el régimen de la Fe, vislumbraría mejor la estupenda Felicidad que le espera en el cielo y trataría de conseguirla mediante el cumplimiento fiel y perseverante de los Mandamientos y Consejos del Señor.

Considera que nadie da algo, ni en la tierra ni en el Cielo, sino en la medida que sabe cómo será recibido el regalo que otorga. Y es muy triste observar que la humanidad, el mundo en general, nunca ha querido prepararse para conocer y gustar un poco más de la Divina Revelación. El mundo, en cuanto tal, se ha atenido a disfrutar, sana o pecaminosamente, el placer o gozo que le proporcionan

de inmediato los sentidos corporales. Tributa culto de latría ¹⁶ al becerro de oro del bienestar temporal. Poco ha buscado directamente al Señor por sí mismo, por amor a El. Ha pretendido recibir sin dar nada. Se ha imbuído de soberbia y egoísmo y sólo recurre a nuestro Dios para exigirle cuentas...

Por supuesto, no afirmo lo anterior como un reproche para los demás. Tanto tú como yo hemos sido soberbios, egoístas, sensuales, pecadores al fin... ¡Ah! Pero si la humanidad tomara en serio a nuestro Dios, estoy segura, en nombre del Amor con que la ama el Altísimo, que el breve paso por la tierra le parecería más llevadero, más lógico, más sencillo y más fructífero. No me refiero a ganancias en pesos y centavos, claro está, sino en Paz presente y en gloria futura”.

–“¿Qué es la Paz cristiana?”

–“La Paz del Señor es la más grande felicidad terrena a la que puede aspirar un viador. No es el mero equilibrio de fuerzas opuestas, ni la ausencia de guerras, ni la quietud de la pereza, ni el silencio de los oprimidos, ni la tranquilidad del cínico. Tampoco es la euforia inestable de ese nuevo humanismo cristianoide y filantrópico, pero sin verdadero amor de Caridad.

La Paz del Señor es la tranquilidad nacida del orden auténticamente cristiano. Es la calma espiritual y profunda que brota del deber cumplido, no por el humanismo que hace a un lado al Altísimo, sino por amor a nuestro Dios. La Paz es el silencio interior y muy alegre de quién reposa, activo y confiado, en la palabra Divina. Pero sin recortes ni tergiversaciones dogmáticas. No faltaba más, que la Paz cristiana fuese como esa cama premonitoria que precede a las tormentas.

En el actual régimen de la Fe, **el Creador anhela el progreso humano, pero sólo el que se alcanza mediante el amor de Caridad.** Y no el pseudoprogreso, logrado por el humanismo puro. El progreso cristiano consiste en el esfuerzo continuo de cada uno de ustedes y de todos, por cumplir cabalmente la Ley de Nuestro Señor Jesucristo. No le tengas tanto miedo al dolor, a la enfermedad y a la muerte. Es muy breve la estancia del peregrino en este mundo. Recuerda que **cuando el hombre se desdiviniza por el pecado, inmediatamente se animaliza por la concupiscencia. Cuando se pierde la Fe en nuestro Dios, se empieza a creer en tonterías”.**

9

–“Tiernamada, le das mucha importancia a la caridad. Y actualmente la limosna se considera casi un insulto. A lo más, y a regañadientes, se acepta la justa cooperación”.

–“¡No confundas el primer mandamiento de la Ley de nuestro Dios con el simple humanismo! No me estoy refiriendo a la limosna material ni a la pura filantropía. Hablo de la Caridad cristiana. La Caridad es el amor que se adhiere primero al Altísimo y después, con El, a nuestros semejantes. **El amor de Caridad es el que se practica, estando en Gracia de nuestro Dios y para agradecerle.** No hay que confundir la Caridad con el sentimiento de compasión. El sentir lástima del prójimo es apenas la invitación para ayudarlo cristianamente. Pero esta ayuda, para que de veras sea cristiana, debe inspirarse y fundamentarse en el amor al Todopoderoso. Si no es así, la dádiva, por muy importante que sea, carece de valor sobrenatural. Por tanto, la cooperación económica sin Caridad es «címbalo que retiñe» ¹⁷. La filantropía sin Caridad produce la ingratitud y la decepción. Y el humanismo sin Caridad desemboca en el fracaso social. **La Caridad es el amor que rige en el Cielo y el único que puede salvar al mundo”.**

–“¿Por qué no se habla del primer mandamiento de la Ley de Dios?”

–“Por la soberbia humana, que intenta reducir el cristianismo a una religión de club, complaciente, superficial y dulzona, en la que se soslaya la Justicia Divina, se minimiza el pecado y se quiere olvidar la existencia del demonio y del infierno. Y se estruja y se mutila y se tergiversa el Evangelio, con ánimo de no contrariar la concupiscencia del creyente y de hacer acomodadiza (!) la Revelación Divina... El cristianismo autentico considera al hombre actual con sus defectos y cualidades, con sus inquietudes e interrogantes. Pero **le responde a sus preguntas a la luz del Evangelio íntegro, sin recortes convenencieros, con todas las sublimes y drásticas exigencias de la Divina Voluntad, con**

¹⁶ - Culto de adoración debido a Dios Creador, único y sumo Bien.

¹⁷ - 1ª Corintios, 10,1.

sobrenatural amor de Caridad, y no con un amor bonachón, interesado y exclusivamente filantrópico.

*Buena cuenta se dan los viadores de la imperiosa necesidad de llevar toda una vida virtuosa, en beneficio de la sociedad. Pero equivocan el camino. Porque la probidad, por sí sola, no alcanza a nuestro Dios. Ni el afán desesperado de salud y bienestar terrenos es el recto camino que conduce al Cielo. Por eso no motivan con ímpetu vehemente los argumentos humanísticos y filantrópicos. Les falta fuerza para llegar **al meollo de la voluntad**. Carecen de eficacia **para forjar la convicción profunda y operativa**. Hipnotizan, pero no convencen. Y claro está, la juventud se desanima y se desvía. ¡Hacen falta ideales vigorosos que levanten el corazón! Y éstos no se encuentran en el mundo; los regala solamente el Señor. Es inútil buscarlos en razones terrenas. Pero quien se arrima en espíritu y en verdad a nuestro Dios, los obtiene en abundancia”.*

–“¿Por qué vale tanto el amor de Caridad?”

–“Porque cuando la limosna es material, cuando el dar por compasión o miedo, el humanismo y la filantropía se practican con la intención de obedecer la Ley del Señor o de agradecerle o de manifestarle el amor preferente, se transmutan en amor de Caridad, el único amor fecundo y liberador. Puesto que, entonces, al vincularse el amor humano con el Amor Divino, ya no es el hombre solo, sino el Altísimo el que le da el apasionamiento, la eficacia y el triunfo. Es importantísimo el propósito con que se hacen las obras. Y no se insiste en que la intención es lo que especifica y valoriza el acto humano”.

–“Dicen que el verdadero amor es recíproco. ¿Cómo es el Amor de Dios para nosotros?”

–“El Creador está, fíjate bien, profundamente enamorado de cada uno de sus hijos humanos adoptivos. El no ama globalmente al género humano, así como el hortelano quiere a toda su huerta. No, El ama a cada uno de nosotros con un Amor upremo, que sobrepasa infinitamente al mejor amor creado. El Señor te ama a ti, singularmente, con vehemencia, con energía, con inefable necesidad amorosa, con inmenso cariño, con ternura indescriptible y con otras mil cualidades que ni en el Cielo ni en la tierra se pueden explicar”.

“¡Fascinante! –exclamé para mis adentros-. Jamás me habían expuesto así la Religión”.

Quizás empezaba a formarse en mí la convicción profunda y operativa de mi situación de viador contingente y muy limitado. Pero al mismo tiempo, tal vez como contrapeso, parecía que se formaba esta otra convicción: **Dios me ama**. Y no me ama en el bloque de la masa humana. Me conoce en lo personal y me ama individualmente. No soy un simple número de catálogo en la Creación. ¡Qué maravilla! Jamás hubiera sospechado que mi débil y precaria ancianidad inspirara amor. ¡Y nada menos que el Amor Divino!

Posteriormente, cuando Tiernamada se fue y medité en su mensaje, me sentí agobiado por el peso del Amor de Dios, tan rotundamente inmerecido por mi parte. Sentí que mi pequeñez se engrandecía. Que yo valía más que el anciano basurero donde se arrojan la indiferencia y los desprecios. Porque Alguien, el Mejor, me ama. **Fue como una transfusión de Esperanza en mi futura Felicidad celestial.**

Bien entendía que esa Esperanza no era de mi fabricación. Que no se trataba del optimismo terreno, fundado en la probabilidad de conseguir presto algún bien mundano. Sin duda alguna, era uno de los regalos celestiales que me había traído mi bella glorificada.

Por de pronto, en ese paratiempo en que me encontraba, consideré que el Amor Divino, a pesar de su grandiosa intensidad, no es celoso y egoísta como nosotros, ya que ha dispuesto un inefable amor, a la manera celestial, entre mi hermosa compañera y yo. Sentí, entonces, una profunda gratitud, ya no tanto hacia Tiernamada, sino hacia el Creador de Tiernamada.

–“De la gratitud brota el amor –me sorprendió mi querida muerta en mis pensamientos-. ¡Alégrate, porque empiezas a sentir tu amor a nuestro Dios!”

¡Ya estoy confirmado en Gracia! –grité para mi interior- ¡Soy un “candidato descubierto” para la gloria futura! ¡Ya tengo el pasaporte al Cielo! ¡He sentido el amor de Dios!

Sabía que apenas grandes santos, como Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz, sintieron su amor a Dios.

–“No te hagas ilusiones –me previno-. Sentir por un instante de paratiempo el amor a nuestro

Dios no es tener el boleto para ingresar al Cielo ¹⁸. Muchos mortales perciben, por lo menos en algunos momentos de su vida, el sentimiento de su amor al Creador. No lo experimentan por largo rato, porque morirían de felicidad. Por otra parte, no es necesario sentirlo continuamente, ya que el amor al Altísimo se ejercita, amando con caridad al prójimo”.¹⁹

–“Pero es muy agradable sentirlo, aunque sea por una milmillonésima de picosegundo. Sin embargo, dicen que el amor a Dios no se puede sentir...”

–“El pequeño amor a nuestro Dios, en efecto, no se siente; sólo se practica con el amor de Caridad a los hermanos; no por su linda cara ni por lástima, ni por temor a las represalias, sino por obediencia al Altísimo. Mas el grande e intenso amor ¡claro que se siente!, ¡y en qué forma!, y aun desde esta vida mortal”.

–“¿Por qué no se habla de un amor sensible a Dios?”

–“Por la misma razón que ya te mencioné: el pecado. Porque el peregrino vive en un ambiente de maldad. Y así, es claro que no puede entrever, ni menos saborear, el amor de Dios. Ni muchos predicadores se atreven a mencionarlo, por no provocar la burla de los oyentes.

Por otro lado, piensa que si el Señor hubiese permitido al hombre mortal que dominara la materia, la energía, la eternidad creada, los tiempos y paratiempos, es seguro que los pecados hubieran aumentado en especie, número y malicia. Y es que la humanidad en general, a pesar de la Revelación y de la Redención, sigue siendo tremendamente egoísta y orgullosa.

Comprende, pues, a la Divina Providencia, que ha preferido limitar el radio de acción de sus amados hijos humanos adoptivos y los ha colocado dentro de los barandales de este mundo, los que impiden travesear por terrenos altamente peligrosos. Esta es la causa de las limitaciones individuales, sociales, políticas, científicas, tecnológicas y artísticas”.

–“No obstante, algunos científicos ya se salieron del huacal ²⁰ y llegaron a la Luna. Otros, mantienen espantada a la humanidad con sus travesuras atómicas”.

–“Sí –me respondió, siguiendo la broma–. Pero todos ellos, gateando, no podrán llegar muy lejos. Nuestro Padre Celestial los cuida amorosamente desde arriba, y, si ellos se alejaran demasiado, los tomaría cariñosamente en brazos y los devolvería a sus primitivas andaderas. El les permite travesear, y a veces peligrosamente, por respeto a la libertad humana que les otorgó”.

–“¿Podría el viador salirse lícitamente de las limitaciones de ese barandal providencial?”

–“Claro que sí. Muchos lo consiguen, si eso les sirve para alcanzar el Cielo. Bastaría que el cristiano mortal, estando en gracia del Altísimo, se lo pidiera al Señor con auténtica humildad, sinceridad y perseverancia, no por egoísmo ni curiosidad malsana; que hiciera su oración imprecatoria en espíritu y en verdad, con la confianza filial de que nuestro Padre le atenderá eficazmente. Tú mismo eres testigo de ello en este paratiempo”.

–“Sí, pero Dios tardó más de veinte años en atender mi petición de conocer algo de la vida futura”.

–“Mas al fin lo conseguiste. ¿No te alegras de ello? ¿Le das más importancia al tiempo transcurrido? ¿Hubieras preferido que el Señor te atendiera inmediatamente a pesar de tus pecados de entonces, los que no te hubieran permitido recibir la acción divina?”

Nuestro Dios es lento en actuar, pero no por su Voluntad, sino por la pereza moral del viador. A pesar de todo, no podrás negar que El te ama, y muchísimo, ya que, a la postre, te cumplió tu capricho. ¡Que si hubieses adelantado en perfección cristiana, desde hace mucho tiempo sabrías todo ésto que te digo hoy! Y si tú, sin ser un perfecto cristiano, estás logrando una singular ayuda divina, ¡cuánto más conseguirán, si se lo proponen, quienes aman de veras a su Creador! Y créeme que en realidad lo alcanzan. No te imaginas las ayudas y regalos de nuestro Dios para quienes, en esta vida, Lo sirven y Lo aman de veras. Numerosos mortales que toman en serio al Señor, obtienen de El regalos más valiosos que los que estás recibiendo. De ésto se publica muy poco, ya que se trata de obsequios privados, o el beneficiario no acierta a explicarlos.

¹⁸ - El amor no es tanto el sentirlo, como el hacer que lo sienta la persona amada.

¹⁹ - El amor al Señor se ve en tres cosas: en hacer su Voluntad (observando sus mandamientos) (Jn 14,15.21.23.24, etc.), en buscarlo dedicándole tiempo en la oración, y demostrárselo en la persona del prójimo (1ª Jn 4,20).

²⁰ - Expresión mejicana para decir que “se pasaron de la raya” o que “se fueron más allá de lo tolerable”.

*Si sufre mucho la humanidad actual, es porque la soberbia no le deja pedir el remedio al Altísimo. Los regalos divinos, materiales y espirituales, están condicionados a la obediencia de la Ley de nuestro Dios. Y el hombre no quiere combatir la concupiscencia que lo arrastra al pecado; ni procede con lógica: si cree en el Todopoderoso, ¿por qué no Le pide su ayuda con verdad, humildad y perseverancia? El mundo padece más de la cuenta por su deliberada rebeldía contra la Voluntad del Señor. Se quieren resolver los problemas por medios mundanos, con exclusión absoluta del Creador. **La religión se reduce a la psicoterapia periódica de aspirinas, para calmar momentáneamente el egoísmo.** Y, claro está, rechazando el Amor Divino, se retrae por elemental delicadeza y fracasan las mejores planificaciones”.*

–“No obstante, en los templos reza mucha gente”.

–“Sí, pero esa oración suele ser rutinaria, tibia, pálida, temerosa, apocada, casi desprovista de Fe y de Caridad. Una súplica de ese estilo no la atienden ni los líderes; ni los mendigos competentes la emplean”.

–“Es que se requiere un gran milagro para convertir y aliviar a la sociedad”.

–“¡Pues pidan el milagro! Ustedes no lo pueden hacer, por más que se sugestionen. La falla no está en el Omnipotente. Está en ustedes, orgullosos e incrédulos, que no quieren caer de rodillas y tender sus débiles manos hacia el Padre que está en el Cielo. En vez de amarse con amor de Caridad, tal como lo manda el Señor, se empeñan en odiarse, franca o disimuladamente. Y cuando creen que se aman, como no lo hacen con amor de Caridad, su afecto se estaciona en un combate egoísta: cada quien toma lo que puede desde su trinchera. Naturalmente, nuestro Dios no les ayuda, y las funestas consecuencias de hacer a un lado al Creador, llueven como pesado granizo sobre todos ustedes.

Un milagro personal requiere una petición individual. Un milagro nacional necesita la impetración de todo el pueblo. Si los creyentes de la nación: católicos y protestantes, cristianos y no cristianos, se unieran en apremiante súplica, respaldada por obras de amor de Caridad –no de humanismo puro–, se asombrarían del maravilloso resultado. La historia de Israel es testigo de la Omnipotencia del Altísimo”.

10

–“Ahora –propuso Tiernamada–, te invito a que visitemos a San Luis Potosí”.

¡Un viaje con mi primer amor! De momento, me entusiasmé. Pero luego comprendí que ese viaje, para un anciano achacoso como yo, era casi imposible.

–“Ya verás que no es tan complicado –me dijo, insistiéndome con su bella mirada–. *Llegaremos a San Luis en menos de una milmillonésima de picosegundo. Todo el paseo no durará más de siete diez-milésimas de segundo. En vez de objetar, aprovecha la oportunidad que te brinda el Señor, de viajar a una celeridad mayor que la de la luz, siendo aún mortal”.*

Pensé en los problemas de viajar con la rapidez de la luz. Si a una velocidad de trescientos kilómetros por segundo, la fisiología humana ignora lo que le pasaría al organismo, ¿qué sucedería a más de trescientos mil kilómetros por segundo? Las predicciones de las modernas teorías relativistas son aterradoras. A una velocidad mayor que la de la luz, la materia aumentaría su masa o tal vez se desintegraría. Se derrumban las clásicas leyes de la física, cuyo límite máximo es precisamente la velocidad de la luz. Las líneas rectas se vuelven curvas. En fin...

A pesar de los malos augurios, Tiernamada se veía tan hermosa, tan radiante y tan optimista, que dejó de preocuparme lo que pudiera suceder.

–“¡Vamos a donde quieras, mi bella muerta! –exclamé en mi interior–. *Que si muero en el camino, menos te perderé, porque seremos dos los muertos”.*

Ella volvió a rozar con sus dedos el dorso de mi mano. Y no supe qué sucedió, ni sentí nada. Cuando me di cuenta, estaba de pie junto a Tiernamada en la acera de una angosta calle de provincia.

–“¡Ya estamos en San Luis Potosí!” –me aseguró con su juvenil sonrisa.

–“¡Es un milagro!”

–“No. Es muy sencillo. Los mortales lo llamarían milagro, porque supera las técnicas de la ciencia actual. En cambio, para los bienaventurados no tiene nada de prodigioso. Es un viaje celeste muy natural y muy frecuente. Ya verás en la Patria, que el menor de los glorificados puede viajar, por

su propio poder, a una velocidad equivalente a la de la luz, elevada a la potencia de un millar”.

–“¡Es fabuloso...!”

–“Al contrario, es poca cosa. Algunos grandes Santos viajan con mayor rapidez. Cuando ellos nos invitan, los glorificados inferiores gozamos con creces. Te diré que la celeridad de los viajes, así como otros muchos deleites de la gloria accidental, **dependen del grado de felicidad obtenido por la libre colaboración de la voluntad humana con la Voluntad Divina, efectuada por el viador en estado de gracia durante la vida mortal.** Como ves, nuestro Dios nos glorifica con justicia y munificencia”.

–“Es fascinante viajar a grandes velocidades. Bueno, me refiero a las de este mundo, es decir, a centenares de kilómetros por hora. Pero, ¿cómo es que no sentí el vértigo de la rapidez, sino que de buenas a primeras me encuentro aquí?”

–“En primer lugar, porque en este paratiempo, te asiste una ayuda especial del Señor. Si hubieses sentido la placentera emoción de este vértigo, ya te habrías muerto de gozo. En segundo lugar, porque la distancia fue mínima. Las rapidísimas celeridades a las que me refería, corresponden a distancias de trillones de años luz, elevados a la potencia de trillones”.

¡De veras que está atrasada la Astronomía! –me dije–. Nunca he leído que existiera una distancia equivalente a un trillón de años luz. Me hubiera gustado sentir el deleitable vértigo de la velocidad de la luz, aunque fuese en la corta distancia de nuestro viaje. Pero me conformaba muy ampliamente con lo que me concedía mi amada muerta.

–“A tí –me prescribió– *te hace falta divisar la inmensidad que disfrutarás en la Patria. Te recomiendo que en una noche serena te acuestes en un lugar muy alto, donde no estorben árboles ni edificios y contemples por un largo rato el río de diamantes, musical y silencioso, del firmamento. Admirarás y sentirás la nostalgia del infinito*”.

–“¿En dónde estamos?” –me preguntó Tiernamada.

Mis recuerdos eran borrosos. Pero rememoré esa calle pavimentada con piedra bola. Vi, un poco más allá, la pequeña Plaza de Liñán. Sí. Estábamos en la calle de la Independencia. Serían como las cinco de la tarde.

Advertí mi vestido: llevaba pantuflas, el cuello desabrochado y mi saco ²¹ de casa, rojizo y muy raído. No sé por qué se me ocurrió pensar en cómo se vestirían los bienaventurados. El vestido de Tiernamada, sencillo y elegante, era moderno y de buena calidad. Pero, ¿y el de los glorificados de otras épocas? Imaginé que usarían túnicas y mantos, como en el tiempo de Nuestro Señor Jesucristo. O bien que, con sus formidables poderes, se vestirían como les viniera en gana.

–“¿No te agrada mi vestido?” –me preguntó con acento de preocupación.

–“Es muy bello. Aunque te verías bien con cualquier atuendo”.

–“No te asombres por lo que voy a decirte. Los bienaventurados no usamos ningún vestido. No lo necesitamos. Ni para protegernos de las inclemencias del tiempo, las que no nos afectan sino para gozarlas. Ni para cubrir defectos físicos, que no existen en el Cielo. Ni por rubor, ya que en la Gloria no hay malicia; todos somos impecables. Verás. Para visitarte, yo misma ordené a los átomos que se combinaran y se organizaran para formar mi vestido, y ellos me obedecieron gustosos, a su modo, claro está. Pero quizá me equivoqué y me resultó una vestidura ridícula”.

¡Claro está! Mi concupiscencia de mortal exaltó mi imaginación, y... no sé cómo decir que me enamoré mucho más de mi amada muerta. Ella, de por sí tan hermosa y amable, aun vestida a nuestro modo mundano, me parecía más bella que la mejor actriz de cine o que la ideal Helena de Troya.

11

Algunas transeúntes enlutadas, con la falda muy larga y sus rostros casi cubiertos por sendos chales oscuros, permanecían de pie, inmóviles, en la estrecha acera de losas muy desgastadas.

Tiernamada me adivinó la pregunta y la contestó: –“No estamos en el transcurso normal del tiempo terrestre. Nos ubicamos en el tiempo pasado. Nos encontramos en el 21 de octubre de 1923”.

¡Qué maravilla! ¡Yo, visitando el pasado! Me parecía increíble, pero tenía enfrente la evidencia.

²¹ - En México, chaqueta.

–“Tampoco nos colocamos –prosiguió– en el transcurso normal del tiempo pasado. Nos hemos situado en un paratiempo más lento del que utilizábamos en México. Nos movemos al ritmo de billonésimas de picosegundo. Observa a esas señoras enlutadas. Caminan según el compás del tiempo ordinario de esa fecha. Sin embargo, para nosotros no se mueven, porque su andar es demasiado lento en comparación con el ritmo de nuestro paratiempo. Te explicaré un poco más. En estos momentos, tú y yo transcurrimos en una onda temporal muy lenta con relación al movimiento de la tierra. Dicha onda, sin embargo, es rapidísima para las transeúntes enlutadas ²². Es que ellas marchan al ritmo del reloj y del calendario. En cambio, nosotros nos movemos al compás de billonésimas de picosegundo. Posteriormente lo entenderás mejor.

No –añadió al observar mi pensamiento–, no quieras aplicar las clásicas ecuaciones del movimiento ondulatorio, a las ondas temporales. No coinciden. Esas fórmulas sólo se cumplen en el momento presente del tiempo normal de la tierra. Les falta tomar en cuenta el parámetro de **la quinta dimensión**, que veremos después. Con esta nueva coordenada, vislumbrarás cómo es posible que aumente la frecuencia, sin modificación de la longitud y amplitud de las ondas. También columbrarás la coexistencia de diversos trenes de ondas temporales.

El tiempo está muy relacionado con el movimiento ondulatorio. **Existen muchas variedades del tiempo**, que corresponden a numerosas ondas temporales, semejantes a las ondas sonoras y luminosas. Para los mortales, rige la frecuencia rapidísima del reloj. Los viadores saltan de un segundo a otro como si calzaran "las botas de siete leguas". Mas no logran brincar del lunes al miércoles, ni del día de hoy al de ayer. **Viven con su conciencia atada al instante actual, sin posibilidad de retroceder al pasado ni avanzar con más rapidez hacia el futuro.** Y así sucede hasta que la buena muerte, la muerte en el Señor ²³, rompa esa rígida ligadura y se obtenga la liberación. Mientras tanto, ustedes apenas se asoman al pasado mediante los centros cerebrales de la memoria, que son como las ventanas por donde miran borrosamente su historia.

Las viandantes no pueden vernos, toda vez que las imágenes nuestras, en sus retinas, permanecen sólo unas millonésimas de picosegundo. Naturalmente, la agudeza visual humana no permite percibir imágenes en tan corta duración. Ni las transeúntes alcanzan a mover los ojos hacia donde estamos”.

Imaginé que la misteriosa frecuencia del tiempo normal de la tierra, es una angosta vereda por la que transitamos los mortales. Pero con abismos insondables a cada lado. Y que si no caemos en el voladero sin fondo, es por la cuidadosa Providencia Divina. Pensé en lo terrible de una caída en el abismo infinito del tiempo. Si Dios no nos atendiera, nos quedaríamos, quién sabe hasta cuándo, en una de esas misteriosas frecuencias temporales, como el paratiempo en que me encontraba.

No cabe duda que **la cuarta dimensión** es un complicado laberinto. Qué bien hace Dios al impedirnos pasear por cuenta nuestra en los paratiempos. ¡Nos perderíamos! Porque si manejando las tres dimensiones del espacio nos complicamos la vida, ¡cuánto más nos enredaríamos si viajásemos a través de las incontables ondas temporales! ¡Maravilloso, en verdad, el complicado tiempo! Pero más asombrosa aún, la majestad de **la quinta dimensión**, que luego vislumbraría.

Pronto corroboré lo dicho por Tiernamada. La transeúnte más próxima tenía el pie levantado como para dar un paso, pero no acababa de darlo. Se me ocurrió que así como esas enlutadas no podían vernos, quizás otros visitantes, en paratiempos más lentos, nos observarían sin que Tiernamada y yo nos diéramos cuenta. Porque no era lógico suponer que nosotros fuésemos los únicos viajeros a través del tiempo en esos precisos momentos. Pero en tal caso, el mundo parecería un teatro y los mortales, los comediantes. Sólo que sin aplausos, ni abucheos. No se lo pregunté, porque su sonrisa me avisó que había conocido mi pensamiento.

–“Por supuesto que sí –aseguró–. Innumerables bienaventurados, **viajeros al través del tiempo**, contemplan los sucesos diarios de esta tierra obscurecida por el pecado. Y no creas que prefieren observar los acontecimientos que los mortales califican de muy relevantes, sino los que en verdad lo son: actos de amor de Caridad, penalidades sufridas con cristiana fortaleza, culto sincero a nuestro Dios, paz de los viadores santos, buenas obras practicadas sin ruido ni vanidades. En fin, todo lo que

²² - En efecto, en este lentísimo transcurso del tiempo se hacen muchas cosas que necesitarían muchísimo tiempo normal.

²³ - Apocalipsis, 14,13.

de veras es grato al Señor y que, precisamente por eso, tiene valor de vida eterna. Muchos ángeles, y de los más importantes, así como numerosos glorificados humanos, están pendientes de las libres decisiones de los peregrinos mortales. Se regocijan cuando presencian el fiel cumplimiento de la Ley del Señor y se deprimen, sin sufrir (ya que en la Patria se sienten las emociones, pero sin dolor alguno), cuando se produce una deficiencia moral grave. Y no te imaginas cómo corre la voz en el Cielo. El más pequeño viador que sea fiel cristiano empieza a ser famoso en la Gloria”.

–“Entonces –le dije con optimismo–, no existe la soledad humana. ¿No es verdad?”

–“En efecto. Ningún mortal se encuentra absolutamente solo. Desde luego, nuestro Dios está siempre con él. Además, suelen estar presentes varios ángeles y humanos glorificados. Por supuesto, ellos nunca interfieren directamente en el devenir histórico y libre de la humanidad viadora. Pero sí le ruegan al Señor por ella. El universo de los bienafortunados está muy interesado en los mortales, para hacer imposible el olvidarlos”.

–“¿Por qué tanto interés?”

–“Porque todo viador es, o puede ser, un hijo adoptivo del Altísimo, mediante su Gracia, y, por ello, un manantial de gloria para El. Pero como la Gloria divina reverbera en los bienaventurados, ya que el Altísimo nos participa de la alabanza universal que recibe, es lógico que los Santos del Cielo estén muy pendientes de todo lo que pudiera aumentar el celeste regocijo. Considera, pues, cuando creas estar solo, que muchos ojos intelectuales te contemplan amorosamente y desean con fervor que actúes en ese momento de acuerdo con la Ley del Señor. La gloria que tú alcances repercutirá en los demás bienafortunados”.

–“¿Sucede lo mismo con todos los mortales de la tierra?”

–“Mientras más cristianamente humilde es el viador, mayor número de espectadores tiene. Porque es mayor la probabilidad de darle alabanzas de gloria a nuestro Dios, mediante las obras de amor de Caridad y, por ello, a todos los bienafortunados. Te diré que la gloria accidental, esto es, la felicidad que en el Cielo causan las creaturas –no el Creador mismo– se parece al ambiente de la tierra. Si alguien lo contamina, todos lo resienten. Pero si alguno lo purifica y enriquece, todos se benefician”.

Por unos instantes de paratiempo, medité en que debo tener mucho cuidado con mi conducta privada, puesto que algún bienaventurado podría observarla. Lo que no consideré, es que Dios me mira continuamente.

12

Tiernamada y yo permanecíamos de pie en la estrecha acera poniente de la calle de la Independencia, en el San Luis Potosí de 1923.

–“¿Quieres asomarte a la casa de las señoritas Campos?”, propuso mi amada muerta.

Estábamos frente a la casa de esas señoritas. Era una casita pobre en un barrio humilde de San Luis, pero con humos de habitantes siquiera un poco pudientes: dos ventanas enrejadas a la calle, correspondientes a la pequeña sala, abiertas de par en par, con vulgares y estropeados visillos, y viejas cortinas recogidas para que, desde afuera, los transeúntes disfrutaran un poco de música casera.

Miré por la ventana y contemplé un espectáculo que me desconcertó: ¡Ya lo había vivido hace muchos años! Vi como a diez personas, la mayoría mujeres, sentadas e inmóviles alrededor de la estancia, todas vestidas de oscuro y muy recatadas. Las observé mejor y ¡sí!, reconocí a las señoritas Campos, discretamente emperifolladas. Me extrañó, porque sé que en la actualidad no queda ninguna de ellas. Después, cuando Tiernamada me explicó la majestuosa **quinta dimensión**, vislumbré el prodigio.

¡Que maravilla! Ahí estaba mi abuela paterna, muerta hace treinta años. ¡Imposible entender lo que estaba sucediendo! Era una fusión misteriosa del pasado y del presente. Pero el pasado resultaba muy actual. **Volví yo no solamente a recordar, sino a presenciar lo que había vivido muchos años atrás.** Lo pasado era tan real, que me resistía a aceptarlo como ya sucedido. Sólo el recinto lo hallaba más estrecho. No podía suponer una ilusión, puesto que la realidad era demasiado objetiva. No miraba el retrato de mi abuela paterna, sino a ella misma, viva y corpórea, pero inmóvil.

También se encontraban, como estatuas inmovibles, mis tías paternas, desaparecidas desde hace muchos años. ¡Qué alegría volver a verlas y a saludarlas!

–“No te hagas ilusiones –pronosticó Tiernamada–. Solamente podrás mirarlas, no tocarlas, porque ya están glorificadas y su contacto te mataría de felicidad”.

–“Pero tú me has tocado, y en vez de matarme me fortaleces”.

–“Es que ellas no te acariciarían con prudencia. Al reconocerte, te abrazarían llenas de gozo, y ese contacto te mataría de dicha sin remedio. Por lo mismo, también nuestro Dios, cuando acaricia el alma de un mortal, lo hace muy leve y fugazmente. Claro es que el Señor quisiera reiterar la caricia, pero el denso smog del pecado se lo impide”.

–“¿A qué se debe que ninguna de ellas se mueva?”

–“A la lentitud de nuestro paratiempo, con relación al compás del tiempo ordinario de la tierra. Y al ritmo rapidísimo en que tú y yo nos movemos. No te extrañes de que coincidan dos ritmos temporales muy distintos. Si en una alberca tranquila, arrojas dos piedras, una en cada extremo de ella, se formarán trenes de ondas diferentes, inclusive opuestos, pero coexistentes. Pues bien, las personas que están en la sala viven en ondas de tiempo, distintas de las nuestras”.

¡Mi abuela paterna y mis tías! Tan humildes y corteses. Tan cariñosas que fueron conmigo. Iba a decir pobrecitas. Pero no, toda vez que ya están glorificadas. Más bien, pobre de mí que soy aún viador.²⁴

–“¿Quién es ese niño que está muy asombrado junto al piano?”, me preguntó Tiernamada, con cierto matiz humorístico.

Era un niño de ocho años, gordo, que, en efecto, tenía cara de asustado. Lo miré mejor, y... ¡era yo mismo! ¡Sí, yo mismo en mi infancia! Ahora el más espantado resulté yo, anciano.

Pero eso no podía ser... Era absurdo... Seguramente se trataba de una extraña alucinación, causada por las maravillas que me sucedían en ese paratiempo. Mi lógica me aseguraba la imposibilidad real de lo que veía. No. Sencillamente no podía entender que yo, el viejo, mirara por la ventana nada menos que a mí mismo, al niño, de pie y al lado del piano. A pesar de tantos prodigios, no podía soportar este último, que superaba la capacidad de mi entendimiento.

–“No te asombres –intentó tranquilizarme Tiernamada, muy conmovida–. Ese niño eres tú. Recuerda que estamos visitando el pasado. Eres tú mismo hace cuarenta y ocho años”.

–“Lo siento, pero no puedo creerte. Yo estoy aquí, en la calle, y ese niño está en la sala cerca del piano. Es verdad que en mis recuerdos se parece mucho a mí, pero nada más... nada más...”

–“No, mi amor, ese niño y tú sois la misma persona. La misma alma espiritual anima a ese niño y te anima a tí actualmente”.

La ternura de mi bella amiga había derrumbado todos mis argumentos. ¡La dulzura quebranta peñas! Aunque mi entendimiento dudaba, mi corazón se había convencido. **Ese niño y yo éramos la mismísima persona.** Sin embargo, ¿cómo era posible que **una sola alma alentara a dos cuerpos diferentes?** El de mi niñez y el actual no se parecen en nada. Son esencialmente distintos no sólo en edad, peso y estatura, sino en las facciones y en la materia misma.

Es cierto que yo viví, hace mucho tiempo, una situación semejante aquí, en casa de las señoritas Campos. Que estuve de pie, próximo al piano, y que me enamoré de la espléndida muchacha, cuando ella, junto a mí, cantó “La Pajarera” en aquel entonces inolvidable. Lo que sucede ahora, pensé, es una extraña coincidencia de circunstancias.

Como quiera que fuese, una energía desconocida me empujaba hacia el niño.

Creí que Tiernamada trataba de representar, como en el cine, el suceso ocurrido hace cuarenta y ocho años. Le agradecí de corazón su amorosa tentativa y hasta pensé seguirle el juego y continuar con ella esa como ilusión de amor.

Fue hasta un poco después, cuando mi amada muerta me permitió columbrar el portento de la quinta dimensión, que resolví **el enigma de mis dos cuerpos en existencia simultánea.**

continúa

²⁴ - “Viador” es el hombre en su vida mortal, que va todavía “de camino”, que está “en vías” de alcanzar su meta, el Cielo.